Año II ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 19

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

DICIEMBRE 1932

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción* 1
¿Ha muerto Rakowsky?, por *Comunismo*... 8
El viaje de Trotsky, por *F. A.*..... 9
Los Kornilovistas y los Stalinistas españoles, por *L. Trotsky*..... 11
Resolución sobre la situación política y la actuación de la clase obrera..... 15
La crisis hullera asturiana y el papel de los socialistas, por *Ignacio Iglesias* 19
El Congreso Socialista, por *Dionisio Luna* . 29
El Congreso de la Unión General de Trabajadores, por *Emilio Ruiz* 31
Ante la crisis de la C. N. T., por *José Teixidó*. 35
Cartas de la Unión Soviética..... 37
Tesis sindical..... 43

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 918 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal y América.. Un año: 8 ptas. Seis meses: 4 ptas.

Demás países..... Un año: 12 ptas. Seis meses: 6 ptas.

Los giros al administrador, F. García Lavid

Cabeza, 30. MADRID

EL TESTAMENTO DE LENIN

Al recomendar la estabilidad del Comité Central quiero decir que se adopten medidas para impedir una escisión, hasta el punto en que estas medidas puedan adoptarse. Porque evidentemente el reaccionario (al parecer se refería a S. F. Oldenburg) tenía razón cuando en la *Ruaskaia Mysl*, en su juego contra la Unión Soviética, contaba, en primer término, con la esperanza de una escisión en nuestro partido y esperaba que esta escisión, en segundo lugar, se produjera por graves discrepancias internas.

Nuestro partido se apoya en dos clases, lo cual hace posible su inestabilidad, y si no existe armonía entre ambas clases su derrumbamiento es inevitable. En tal caso sería inútil adoptar ninguna medida ni discutir, en general, la estabilidad de nuestro Comité Central. En tal caso ninguna medida serviría para impedir una escisión. Pero confío en que este acontecimiento es demasiado improbable y demasiado remoto para ponerse a hablar de ello.

Considero la estabilidad como una garantía contra la escisión en un futuro próximo, y voy a hacer aquí una serie de consideraciones de carácter puramente personal.

Creo que el factor fundamental en la cuestión de la estabilidad —desde este punto de vista—lo constituyen los miembros del Comité Central, tales como Trotsky y Stalin. Las relaciones existentes entre ambos constituyen, a mi juicio, más de la mitad del peligro de esa escisión, que puede evitarse, y que podría conseguirse evitar, a mi parecer, elevando a cincuenta o ciento el número de miembros del Comité Central.

Al pasar a ser secretario general, el camarada Stalin ha concentrado en sus manos un poder enorme, y no estoy seguro de que sepa emplearlo siempre con suficiente cautela. Por otra parte, el camarada Trotsky, como lo ha demostrado su lucha contra el Comité Central a

(*Continúa en la página 3.ª de la cubierta.*)

(3)

EDITORIALES

DE MES A MES

Las huelgas y revueltas campesinas siguen manifestándose con enorme rigor, a pesar del freno que supone la fuerza que actualmente tienen en el campo los socialistas. Pero ni los engaños socialistas ni el extraordinario mecanismo represivo que ha montado el Gobierno consiguen dominar las revueltas del campo. En Extremadura, el Gobierno ha colocado sobre los dos gobernadores provinciales un gobernador general con facultades extraordinarias, que entró anunciando medidas draconianas. La región extremeña, después de toda la serie de sucesos que culminaron en la huelga revolucionaria de Llerena y su comarca, tan valiente y serenamente dirigida por nuestros compañeros, se ha convertido en el centro de la actuación represiva del Gobierno. El Gobierno se dispone a dominar la miseria campesina por el fuego. Vista la situación del campo extremeño, esa «reforma agraria», que todos los días aparece ensalzada por una retórica ministerial vil o necia —si no ambas cosas—, suena como una burla o provocación. Los socialistas, después de haber cedido todas sus moderadísimas posiciones en la reforma agraria, completan su conducta actuando de rompehuelgas en todas las revueltas campesinas. A la reunión en que se acordó la huelga revolucionaria de Llerena y la comarca asistieron once pueblos. Todos apoyaron la huelga, menos el delegado de Berlanga, que se oponía a ella, pero la aceptó sometiéndose a la voluntad de la mayoría. Llegado el día de la huelga, por orden de los socialistas se volvieron atrás todos los pueblos, excepto Llerena, Berlanga y Maguilla. Nueve comunistas de izquierda están actualmente en la cárcel por haber llevado la dirección de esta huelga. Sobre estas experiencias el proletariado extremeño ha de ir viendo quién defiende y quién traiciona sus intereses de clase.

* * *

Desde que la I. C. se ha lanzado por la vía del oportunismo, nos tiene acostumbrados a las mayores sorpresas. La que ahora

queremos registrar se refiere a la estructura orgánica del Partido español, que en lo sucesivo ya no será un Partido único. El Partido Comunista acaba de crear en Cataluña el «Partido Comunista de Cataluña adherido a la Sección española de la Internacional Comunista». No constituye esto un hecho menudo, sino algo cuya importancia no podemos dejar de señalar. Es sabido que el bolchevismo nunca ha admitido el principio federativo, la federación de partidos dentro de un solo Estado. Las secciones nacionales están directamente unidas a la I. C., sin admitir en el seno de las secciones nacionales ningún grupo federado. El Partido bolchevique, fiel a este principio, ha rechazado siempre al «Bund» judío, que quería ser sección dentro del Partido. Esta lucha histórica es suficientemente conocida por los comunistas y a ella ha dedicado Lenin abundantes escritos. Aunque no hay ningún defensor más consecuente de los derechos de las nacionalidades que los comunistas, el Comunismo se ha opuesto siempre al federalismo, porque nacional e internacionalmente es partidario de la máxima unidad de acción del proletariado, lo cual encuentra su expresión orgánica en el centralismo democrático. En la antigua Rusia zarista, que el bolchevismo convirtió en «Unión de Repúblicas», no gobierna una federación de partidos, sino un solo Partido Comunista de la Unión. Estos hechos son sobrado elocuentes para que se pueda comprender lo distanciada que está la reforma introducida en España de los principios comunistas en materia de organización. No tiene sentido revolucionario esta división, porque en España el proletariado forma una unidad indivisible: tiene las mismas reivindicaciones de clase en lucha frente a un solo Estado burgués. Ni en régimen burgués ni en régimen proletario con el derecho de las nacionalidades reconocido—la experiencia de Rusia lo prueba—tiene sentido esta división. El stalinismo, incapaz de triunfar por medio de una justa política bolchevique, quiere hacerlo por medio del oportunismo adulador.

A la adulación del catalanismo, y no a la comprensión comunista del problema catalán, tiende la reforma introducida. En sus traspiés el stalinismo va destrozando los principios comunistas.

* * *

Cuenta la Historia Sagrada que cuando Abraham iba a sacrificar en honor a Dios a su hijo Isaac, el mismo Dios le aconsejó que se limitase a sacrificar un modestísimo cordero. En la crisis del Partido Comunista de España, aunque varían un poco los términos, sucede algo parecido. Aquí es la todopoderosa burocracia de la Internacional quien sacrifica los corderos para salvarse a sí misma, haciendo a la vez de Dios, de Abraham y de Isaac. Arrojados a la voracidad del Partido y de los burócratas supervivientes—que son los interesados en atizar el fuego—, se desuella y se deja con los huesos pelados a los cuatro miembros del llamado «grupo sectario» (Bullejos-Trilla-Adame-Vega). Nadie ha combatido con más intransigencia que nosotros a los difuntos líderes del Partido, instrumento directo de la dirección de la I. C., que tan funestos han sido para la marcha del Comunismo en España, a sabiendas de que lo eran. Su talla moral y política, que constantemente hemos denunciado, se ponía de manifiesto viéndolos representar los papeles más humillantes al atribuirse, cuando se lo ordenaban, culpas que no tenían. Cuando el «grupo sectario» contaba con el apoyo de la I. C., todos los que hoy se ensañan con él hacían frente a nuestras justas críticas, considerándolas injuriosas, y glorificaban a aquellos irresponsables, sin voluntad propia ni la mínima capacidad política, como si fueran genios revolucionarios. Todo su talento lo concentraban aquellos dirigentes —exactamente igual que los de hoy—en ver el medio de seguir disfrutando las subvenciones a fuerza de doblar las espinillas, ejercicio en el que llegaron a ser verdaderos maestros. De los mismos sitios de donde ahora brotan resoluciones contra el «grupo sectario», no salían hasta hace dos meses más que incienso y halagos para aquellos revolucionarios ejemplares.

* * *

De la noche a la mañana, todos aquellos admiradores de Bullejos-Trilla, etc., se transformaron en sus detractores más mordaces. Nunca nosotros habíamos llegado en nuestra crítica (no necesitamos la difamación como arma política) a los extremos que ahora se llega con ese grupo. Y, sin embargo, se nos consideraba contrarrevolucionarios y difamadores por los juicios que emitíamos sobre esos y otros dirigentes del Partido. La crítica que nosotros hacíamos de la política y de las personas del Partido se la consideraba como producto del despecho y de un rencor sectario. Aquellas afirmaciones parecían tan fuertes, que aun suponiendo que hubiera en ellas algo de cierto, se creía que debían silenciarse, porque dañaban el desarrollo y el buen nombre del Partido. En realidad, todas nuestras discusiones con los devotos de Stalin giraban en torno a si se debía decir la verdad, cualquiera que fuera su grado, o, mejor dicho, que cuanto más grave fuera el mal, más obligatorio era denunciarlo, si se quería corregirlo y evitar que el Partido pudiera perderse en pasos en falso, y que creyendo hacer una labor revolucionaria, se estuviese haciendo una labor funesta para el Comunismo, como se ha estado haciendo en España. Pero era imposible hacer comprender esta verdad elemental en cuanto no sonó la hora de hacer «autocrítica a coro», llegada la cual, ya no sólo no se teme que la crí-

tica dura pueda dañar el prestigio del Partido, sino que se pronuncian las mayores obscenidades, atribuyéndoles un poder depurador.

* * *

En el número de *La Correspondencia Internacional* correspondiente al día 18 del pasado mes de noviembre, estudia Andre Marty la crisis del Partido español. En aquel artículo, modelo de crítica justa y depuradora, se dice del «grupo sectario» que «se había pasado desde hace tiempo al campo enemigo»; que es «muy característico» que cuando la burguesía francesa y la española andan en coqueteos bélicos, y cuando se acentúa la represión contra el movimiento obrero, «el grupo traidor se ponga frente a la I. C.»; con ello demuestra su naturaleza de agente de la clase enemiga... y «ainsi de suite». He aquí las causas que obligaron a la I. C. a expulsar de sus filas al «grupo traidor». «Esta medida—comenta André Marty—será acogida con entusiasmo por los que luchan y mueren por nuestra causa gloriosa, desde Bombay a Varsovia y de Berlín a Shanghai.» Todas estas infamias asombrosas sólo buscan la explotación intensiva de la credulidad del Partido. Al señalar cómo el Partido en masa ha pasado de la adoración a la difamación del «grupo sectario», no pretendemos atribuirle mala fe y vileza a todos sus afiliados; pero el hecho revela palmariamente la candidez y el bajo nivel político del Partido. Es evidente que el simple afiliado no tiene ningún interés particular en fingir admiración por ningún burócrata, sino que los admira en cuanto cree que son los más altos exponentes de las ideas por que lucha. El que tiene un interés particularísimo en mentir a sabiendas, sin vacilar en los medios, en engañar al Partido y hacerlo comulgar con ruedas de molino, es funcionario o aspirante a ello, defensor heroico de su sueldo. Se pinta el descubrimiento del «grupo traidor» como si se hubiera descubierto un nido de ratones. Para demostrar el valor que tiene en boca del stalinismo la palabra «traidor», baste decir que se arroja por la borda a los cuatro supuestos traidores, mientras la mayor parte del Partido sabe (lo malo es que olvida todo lo que le mandan) que en los puestos más responsables de la prensa del Partido hay traidores auténticos del movimiento obrero, tipo Pumarega. Esto podrá dar idea de lo que hay de sincero en las depuraciones stalinianas. Y lo que hay que saber, además, es que estas normas no son exclusivas de España, sino que se aplican en todos los partidos comunistas, «desde Bombay a Varsovia y desde Berlín a Shanghai».

* * *

Uno de los movimientos revolucionarios últimos que despertó mayor atención en la opinión, y en la clase obrera particularmente, por lo que de allí se decía sobre «gobiernos socialistas» y «extremismos comunistas», es la revolución chilena. En esta Revista, como en toda la prensa burguesa y obrera, apenas si se ha podido decir nada, porque nadie poseía documentación suficiente. Sin embargo, tenemos la intención de informar pronto con todo detalle a nuestros lectores sobre ese movimiento, tan intenso durante tres meses, que se hacía casi una revolución por día, y que ahora está como apagado, aunque, naturalmente, sigan en pie las causas que lo produjeron y pueda reproducirse inmediatamente. Lo que sí ha advertido la prensa de la Izquierda Comunista es que cuando se habla del peligro comunista en Chile no cabía entender por ello la fuerza del comunismo como tendencia, sino la del movimiento obrero en conjunto. La fuerza del Partido chileno—y es quizá de los más fuertes del continente americano—es muy pequeña dentro del movimiento obrero. Allí, como en todas partes, está el Partido dividido ya desde la Dictadura de Ibáñez; así que los acontecimientos revolucionarios sorprendieron al Partido Comunista, devorado por las luchas intestinas. La «revolución socialista» del 4 de junio (tan socialista como la española), que acaudillaban Dávila, Grove y Matte, lo que tenía de más importante era que contaba con el apoyo de las masas populares. El Partido Comunista no supo restarle fuerza al radicalismo demagógico de Grove, limitándose—como en todas partes—a llamarle «fascista, enemigo de la revolución china y preparador de la intervención contra la U. R. S. S.». La caída de Grove, substituído por la corta Dictadura de Dávila, no hizo más que aumentar su prestigio entre las masas. Cuando cayó Dávila, el Partido no había ganado y el movimiento grovista arrastraba las masas. La ola revolucionaria empezó a descender, y con la elección del ex presidente Alessandri los acontecimientos quedaron momentáneamente en suspenso. La revolución había transcurrido sin que el Partido hubiese jugado en ella ningún papel importante. Actualmente parece que en el Comunismo chileno hay una fuerte corriente en favor de las dos tendencias que durante la revolución caminaron cada una por su lado.

* * *

Sobre la situación alemana, vamos a coger el hilo por donde lo habíamos dejado el mes anterior. Decíamos entonces que, a pesar del triunfo electoral del Partido Comunista, la situación se desplazaba hacia la derecha. En este caso hay que distinguir entre fuerza electoral y fuerza real. Los resultados electorales significan muy poco en Alemania si se tiene en cuenta el papel po-

lítico, casi nulo, que está jugando el allí Parlamento. Al contrario que nosotros, el Comunismo oficial destacaba e inflaba aquella victoria como un hecho sobrado elocuente y que bastaba por sí solo para acreditar la marcha ascendente de la revolución alemana. A los pocos días de las elecciones surgía la dimisión del Gobierno de von Papen—cuya debilidad era también clara—y entraba la política alemana en una larga crisis gubernamental, que significaba un avance de la reacción y que transcurrió en medio de la indiferencia general. ¿Causas de la crisis? El Gobierno se sostenía sobre los antagonismos de los diversos partidos políticos, pero sin contar con ninguna base sólida. El fracaso de todas las reformas proyectadas por von Papen y, además, su protección a los intereses agrarios enfriaron por completo el tibio apoyo que le prestaba la gran burguesía. Por otra parte, la hostilidad abierta del proletariado, que se manifestó sobre todo en el triunfo electoral del Partido Comunista (el paso a la ilegalidad del Partido alemán sería ya un hecho si los últimos y contradictorios avances del Partido no le infundieran un poco más de temor a la burguesía) determinaron la caída de von Papen para intentar un poder represivo más fuerte por medio de un nuevo intento de acercamiento a los fascistas.

* * *

La hostilidad y al mismo tiempo la debilidad revolucionaria que viene manifestando el proletariado alemán, como no consigue más que asustar a la burguesía, precipita el avance de la reacción. Entre los grupos que gobiernan actualmente Alemania y el fascismo existe una distancia que se agranda o se achica según se van poniendo las cosas, pero que no cabe ignorar. El Gobierno de von Papen, sin más apoyo que el partido nacionalista de Hugenberg, representaba los intereses y la mentalidad de la vieja aristocracia alemana, mentalidad que es completamente distinta de la demagogia nacional-socializante de los fascistas. Estos antagonismos, claro está, se suprimen si las circunstancias aconsejan a la burguesía una política de aplastamiento del proletariado. En la actitud conciliadora de los grupos gubernamentales de Alemania con el fascismo se ve, de una parte, el intento de conservarlo como apoyo y reserva extrema, y de otra, el intento de disgregarlo asimilándose su base. El hecho de gestionar una coalición gubernamental con los fascistas, sin darle la cancillería a su caudillo, Hitler, es ejemplar en este sentido. Pero aparte estos hechos, que nos muestran el teclado que maneja actualmente la burguesía alemana, lo que más importa saber al proletariado es que la situación progresa en sentido reaccionario.

* * *

Nada más inmoral y adormecedor de la conciencia proletaria que la actitud que viene manteniendo el Partido Comunista alemán. Jactándose de ello, señala que la caída de von Papen está determinada por temor al proletariado, por su resistencia al plan económico proyectado por el Gobierno y por el crecimiento del Partido Comunista, y que el refuerzo de la reacción política está dictado por ese temor. Pero no dice cómo vencer ni señala un plan de acción para desplazar la situación alemana en sentido revolucionario. El stalinismo parece que se da por satisfecho con representar el papel del matón que se pone en jarras, pero que nunca entra en pelea. No se registra en la historia del movimiento obrero un caso semejante al de Alemania. País industrial, con un proletariado numerosísimo, lo sorprende esta crisis revolucionaria teniendo la clase obrera dos plagas sobre sí que la confunden e imposibilitan de movimientos: la socialdemocracia y el stalinismo. Para darse cuenta de lo que es la fuerza potencial del proletariado alemán basta ver que los actos mínimos de legítima defensa del proletariado asustan y desquician a la burguesía. Para darse cuenta de la magnitud de las plagas que tiene encima basta fijarse en cómo va progresando la reacción; cómo la dictadura de Brüning primero, la de von Papen después, el golpe de Estado en Prusia a continuación y ahora la formación del Gobierno Schleicher, que viene a acentuar la política antiobrera y la represión, transcurren sin respuesta proletaria. La posibilidad de que el Partido Comunista alemán pueda llevar, aun hoy, el proletariado a la victoria depende de que en el curso de la marcha revolucionaria sepa desprenderse del stalinismo.

Nuestro camarada Andrés Nin dará el 2 de enero, en el Ateneo de Madrid, una conferencia de las correspondientes al curso que ha organizado dicho Centro con el título general de «El pensamiento político de la España de hoy».

Advertimos a nuestros camaradas y lectores que esta conferencia será radiada.

¿Ha muerto Rakowsky?

Ajustado ya este número, leemos en la Prensa burguesa extranjera y española la noticia de que ha fallecido en su destierro de Bernaul nuestro querido camarada Cristian Rakowsky. La noticia es breve y lacónica. Por la forma en que nos llega, en el momento de cerrar la edición de este número, nos ha sido imposible confirmarla. Sin embargo, la noticia no es inverosímil para aquellos que sabíamos que el estado de salud del gran revolucionario se había agravado considerablemente en los últimos tiempos a consecuencia del clima de la deportación y de su avanzada edad.

La responsabilidad por la muerte de Rakowsky cae por completo sobre las espaldas de la burocracia staliniana, que tendrá que agregar un nuevo crimen a los muchos cometidos desde la muerte de Lenin. Los burócratas stalinianos se han propuesto acabar físicamente con los viejos revolucionarios que han aportado toda su vida a la revolución. Nuestro deseo más ardiente sería que la noticia no encontrase confirmación y que Rakowsky pudiera seguir en la deportación dando el ejemplo vivo de la vieja guardia revolucionaria, que no se doblega nunca y que jamás claudica. Suponemos también el inmenso dolor que a nuestro camarada Trotsky producirá la noticia de esta muerte, es decir, de un camarada unido a él por cerca de cuarenta años de convivencia revolucionaria y que en condiciones adversas y fatales ha continuado fiel a su amistad y a sus ideales.

Pocos revolucionarios en el mundo y en todas las épocas podrán ofrecer una vida tan intensa y tan agitada políticamente como Rakowsky. Los profesores rojos, la actual generación de funcionarios soviéticos que han nacido a la vida política después de la caída del zarismo y que hoy vociferan contra el «trotskismo contrarrevolucionario», nada saben prácticamente de ellos. Han surgido a la política ya como clase dominante. Ninguno de ellos ha conocido el gran número de cárceles europeas que Rakowsky ha habitado por su actividad revolucionaria.

En los períodos de peligro para el stalinismo, éste refuerza su aparato represivo. Actualmente la represión contra la Oposición en general en Rusia se caracteriza por su mayor ferocidad. Hace pocos días la Prensa dió la noticia de la muerte de Zinovief, que después no se ha confirmado. Pero lo cierto es que no se sabe el actual destino ni de Zinovief ni de Kamenef. Y, al fin y al cabo, hay que tener en cuenta que el papel que representaron ambos en vida de Lenin no fué por pura casualidad. El stalinismo liquida así el tesoro revolucionario del proletariado ruso.

No queremos por hoy hacer más consideraciones sobre la noticia de la muerte del querido camarada Rakowsky. Queremos esperar todavía que la noticia no se confirme. En una de las «Cartas de la Unión Soviética» publicadas en el pasado número, uno de los corresponsales relataba la impresión que el rumor de la muerte de Rakowsky produjo hace meses en Moscú y Leningrado. El proletariado ruso, a pesar de la represión termidoriana, no olvida a los suyos.

COMUNISMO

EL VIAJE DE TROTSKY

La posición de Trotsky en el mundo es tal vez una de las cosas más notables y aleccionadoras de nuestra época. Sorprendido entre la decadencia del mundo burgués y un momento de crisis del movimiento obrero revolucionario, Trotsky no tiene donde meterse.

Hemos visto cómo frente a los funcionarios retribuidos y mendaces que diariamente dicen a voz en grito que el gran compañero de Lenin, el jefe victorioso de la Revolución de Octubre, es un agente de la burguesía, ésta no olvida ni desconoce la expansión extraordinaria de su poder revolucionario y le persigue y le aisla como a un apestado. Ha atravesado varios países europeos rodeado de policías, en un verdadero secuestro. Se le ha imposibilitado incluso el hablar con sus amigos políticos de los países visitados. La alta aristocracia y los grandes órganos de opinión burguesa de Dinamarca han elevado protestas por la presencia de nuestro camarada en su país. A pesar de que habían establecido un verdadero bloqueo en torno a Trotsky, no han podido evitar que la simpatía de los revolucionarios daneses se manifestase de manera cordial y calurosa. La ferocidad sectaria de los stalinistas no ha sido suficiente para hacer olvidar a los trabajadores que Trotsky es sólo un perseguido de la burguesía por luchar con resuelto tesón por la causa de la revolución mundial.

Se ha demostrado en esta ocasión una vez más que Trotsky es, como él mismo se ha definido, el hombre sin visa. *Se le niega por todos los gobiernos capitalistas la residencia. Hace pocos meses, para reponer su salud, quebrantada por las persecuciones y las luchas, solicitó hacer una cura en un sanatorio checoslovaco. El gobierno de este país accedió en principio; pero cuando llegó el momento de cumplir su palabra, retrocedió, alegando fútiles pretextos cancillerescos. Todos sus intentos han fracasado por encontrar una residencia más grata.*

El mundo no está todo en manos de la burguesía. En la inmensa Rusia se ha hecho la revolución proletaria y debiera ser el refugio más seguro de todos los revolucionarios. Pero los gobernantes de la Rusia de hoy no pueden soportar ni la voz ni la presencia de los más destacados forjadores de la Revolución de Octubre. Desde un punto de vista moral, la actitud del stalinismo con respecto a Trotsky produce verdadera repugnancia. Es menester poseer la moralidad más mezquina, acompañada de las más cortas luces intelectuales, para arrojar a los países capitalistas a un revolucionario como Trotsky, a quien tiene la burguesía demasiados motivos para no quererle bien. La mínima solidaridad revolucionaria impide arrojar ningún revolucionario a manos de clase enemiga. Sólo este hecho nos aclara la distancia que hay entre los intereses particulares del stalinismo y los principios e intereses de la revolución proletaria.

Pero el stalinismo no se ha dado por satisfecho con arrojar a Trotsky del territorio soviético, sino que, queriendo seguramente acusar más sus rasgos morales y políticos, ha estado en coalición constante con todos los Gobiernos burgueses contra Trotsky. No ha habido solicitud de residencia que hiciera Trotsky a un país cualquiera en la que no surgiera la diplomacia soviética presionando la negativa. En este viaje reciente del camarada Trotsky a Copenhague—que

muestra tan bien a la pomposa y presuntuosa civilización burguesa toda invadida de pánicos, sobresaltos y ridícula impotencia—tampoco ha faltado la sutil intervención de la diplomacia soviética. El Gobierno de la U. R. S. S. ha indicado al Gobierno danés que consideraría como un «acto de enemistad» la autorización del viaje a Copenhague. O lo que es lo mismo—insistimos nosotros—, que la prohibición de este viaje lo consideraría el stalinismo como un acto de amistad profunda y de cariño entrañable del Gobierno danés.

Sin que queramos engañarnos sobre lo que las palabras «amistad» y «enemistad» significan en el lenguaje diplomático, por desgracia estos hechos son bastante definidores de la política stalinista. Las concepciones nacional-socialistas imperantes hoy en la U. R. S. S. son precisamente la consagración de la «amistad» con la burguesía en la escala internacional. La alusión a la «amistad» con motivo del viaje del camarada Trotsky nos enseña cuán lejos está hoy la U. R. S. S. del internacionalismo revolucionario. Aquí ya el fondo político de la cuestión se impone al aspecto puramente moral. Otros hechos que se vienen manifestando en el curso de la presente crisis mundial—el olvido de la revolución internacional, rayana en el saboteo—no hacen más que confirmar esta afirmación nuestra.

Hay algo que Stalin y sus epígonos no pueden olvidar ni resignarse a reconocerlo: que a pesar de cuantos esfuerzos se han realizado para ello, no han logrado anular ni ensombrecer la personalidad de Trotsky. Luchando con todos los rigores e ingratitudes de la deportación, millares de oposicionistas rusos perecen en la deportación sin claudicar de las ideas que como jefe más caracterizado representa en el mundo entero Trotsky. Como decía recientemente un periodista burgués, Stalin, sin el poder omnímodo que detenta en sus manos, no sería nada; Trotsky, sin tener en sus manos poder gubernamental alguno, sigue siéndolo todo en el mundo obrero revolucionario. Ni los recursos enormes de que dispone la maquinaria de un Estado han sido suficientes para derrotarle y apagar sus ideales.

La impotencia en que se desenvuelve actualmente la Internacional Comunista, el organismo mundial del proletariado revolucionario, ha de tener más o menos en breve una salida en armonía con los intereses generales de la revolución mundial. El porvenir reserva a nuestro camarada Trotsky ser el jefe reconocido de todo el proletariado mundial. Trotsky sabe defender la pureza de los ideales comunistas, formular la crítica de los errores, sin jamás dar armas a la burguesía. Su conferencia de Copenhague ha sido un brillante ejemplo.

Hoy más que nunca importa destacar la significación de Trotsky en el movimiento obrero. En los aniversarios de la Revolución de Octubre es frecuente que le recuerde con deplorables tropos el filisteo si no está sometido al dictado stalinista. Pero no es esa significación pretérita la que interesa ahora, sino su posición actual: su ejemplo y su doctrina.. Contra viento y marea, en medio de las mayores deserciones, Trotsky ha sabido comprender las raíces sociales de la crisis comunista y mantener en alto, con brazo firme, la bandera roja de la revolución proletaria. Los acontecimientos están demostrando que las dificultades personales que encuentra el camarada Trotsky no son otras que las que encuentra el triunfo de la causa comunista.

F. A.

Los kornilovistas y los stalinistas españoles

La *Pravda* sigue guardando el silencio sobre Alemania. En cambio, el 9 de septiembre dió un artículo sobre España. Dicho artículo es muy instructivo. Es cierto que no arroja gran luz sobre la revolución española, pero pone de relieve las convulsiones políticas de la burocracia stalinista.

El artículo dice: «Después de la derrota de la huelga general de enero, los trotskistas (siguen aquí los insultos de ritual, L. T.) afirmaron que la revolución estaba vencida, que se había iniciado el período de decadencia.» ¿Es verdad esto? Si en España hay revolucionarios tan lamentables que en enero de este año se dispusieron a enterrar la revolución no tendrían ni podrían tener nada de común con la Oposición de Izquierda. El revolucionario puede considerar como terminado el período revolucionario sólo cuando los síntomas objetivos no dejan lugar a ninguna duda. Sólo los impresionistas, no los bolcheviques-leninistas, pueden hacer pronósticos pesimistas basándose en la propia depresión de espíritu.

En nuestro folleto «La revolución española y sus peligros» examinamos la cuestión de la línea de desarrollo de la revolución española y de sus posibles ritmos. La revolución rusa de 1917 llegó al punto culminante a los ocho meses. Pero este plazo no es obligatorio ni mucho menos para la revolución española. La gran revolución francesa sólo al cuarto año dió el Poder a los jacobinos. Una de las causas del lento desarrollo de la revolución francesa era la circunstancia de que el propio partido jacobino iba formándose en el fuego de los acontecimientos. Esta condición existe asimismo en España: en el momento de la proclamación de la República el Partido Comunista estaba en mantillas. Tanto por este motivo como por otras consideraciones, considerábamos como probable que la revolución española se desarrollaría lentamente, a través de una serie de etapas, entre ellas la parlamentaria.

Recordábamos al mismo tiempo que la órbita de la revolución se compone de avances y retrocesos parciales. El arte de la dirección consiste en no dar la orden de atacar en el momento descendente y no dejar pasar el momento ascendente. Para ello es necesario ante todo no identificar las oscilaciones parciales, «de coyuntura» de la revolución con su órbita fundamental.

Después de la derrota de la huelga general de enero se produjo indudablemente en España un descenso parcial de la revolución. Sólo los charlatanes y aventuristas pueden ignorar esos momentos de reflujo. Pero sólo los cobardes y los desertores pueden hablar en ese caso de liquidación de la revolución. El revolucionario es el último que se retira del campo de batalla. Quien entierra una revolución viva merece ser fusilado.

Fué a consecuencia del descenso y estancamiento temporales de la revolución española como surgió el golpe de mano de la contrarrevolución. En el desarrollo de todas las revoluciones se han observado derivaciones dramáticas parecidas. Después de la derrota en una gran contienda, las masas se retiran y se calman. Una dirección insuficientemente templada se inclina con frecuencia a exagerar las proporcio-

nes de la derrota. Todo ello anima a la contrarrevolución. Tal es la mecánica política de la intentona monárquica del general Sanjurjo. Pero precisamente el hecho de que los peores enemigos del pueblo salgan a la palestra despierta a las masas, como estimuladas por un latigazo. Además, en tales circunstancias, la dirección revolucionaria se ve sorprendida con frecuencia por los acontecimientos.

«La rapidez y la facilidad con que fué liquidado el levantamiento monárquico—dice la *Pravda*—atestigua que las fuerzas de la revolución no han sido abatidas. En los acontecimientos del 10 de agosto la revolución recibió un nuevo impulso.» Es completamente exacto; se puede incluso decir que es el único párrafo acertado que hay en todo el artículo.

¿Se vió el partido comunista español oficial sorprendido por los acontecimientos? Hay que contestar afirmativamente, basándose de un modo exclusivo en el testimonio de la *Pravda*. El artículo lleva el título «Los obreros vencen a los generales». Es indudable que sin la acción revolucionaria de los obreros contra la intentona monárquica habría ido a la cárcel no Sanjurjo, sino Alcalá Zamora. En otros términos: con su sangre y su heroísmo los obreros ayudaron a la burguesía republicana a mantener el Poder en sus manos. Fingiendo no darse cuenta de este acto, la *Pravda* dice: «El Partido Comunista se esfuerza en llevar su lucha... contra las intentonas de la derecha en forma que no preste ni sombra de apoyo al Gobierno contrarrevolucionario actual.» A lo que tiende el partido es cuestión aparte. Ahora de lo que se trata es del resultado de sus esfuerzos. El ala monárquica de las clases poseyentes intentó derribar el ala republicana, a pesar de que (*gracias a que*) los republicanos lo que más temían era disgustarse con los monárquicos. Pero aparece en escena el proletariado. «Los obreros vencen a los generales». Los monárquicos salen para la deportación, los republicanos burgueses se quedan en el Poder. ¿Cómo se puede afirmar ante estos hechos que el Partido Comunista no ha prestado «ni una sombra de apoyo al Gobierno contrarrevolucionario actual»?

¿Se deduce de lo dicho que el Partido Comunista había de lavarse las manos ante el conflicto entre los monárquicos y los republicanos burgueses? Semejante política equivaldría al suicidio, como lo vimos en la experiencia de los centristas búlgaros en 1923. Pero los obreros españoles, al emprender la lucha decidida contra los monárquicos, podían dejar de prestar un apoyo temporal a sus enemigos, los republicanos burgueses, sólo en un caso: en el de que hubieran sido suficientemente fuertes para tomar el Poder. Los bolcheviques rusos, en agosto de 1917, eran incomparablemente más fuertes que los comunistas españoles en agosto de 1932. Pero aún los bolcheviques no tenían la posibilidad de adueñarse del Poder en la lucha contra Kornilov. Gracias a la victoria de los obreros sobre los kornilovistas el Gobierno de Kerensky subsistió aún dos meses. Recordemos de nuevo que incluso destacamentos de marinos bolcheviques protegían el Palacio de Invierno de Kerensky contra los kornilovistas.

El proletariado español fué suficientemente fuerte para aplastar el levantamiento de los generales, pero excesivamente débil para tomar el Poder. En estas condiciones la lucha heroica de los obreros no podía dejar de reforzar, por lo menos temporalmente, al Gobierno republicano. Sólo los sujetos sin nada en la sesera, que substituyen el análisis de los acontecimientos por las frases de cajón, son capaces de negarlo.

La desdicha de la burocracia stalinista consiste en que, tanto en España como en Alemania, no ve las contradicciones reales en el campo enemigo. Esto es, no ve las clases vivas y su lucha. El «fascista» Primo de Rivera fué substituído en el Poder por el «fascista» Zamora, aliado con los «socialfascistas». Con una teoría tal no tiene nada de sorprendente que el conflicto entre monárquicos y republicanos, provocado por la presión de las masas, coja desprevenidos a los stalinistas. Obedeciendo a su instinto, las masas se lanzaron a la lucha arrastrando tras de sí a los comunistas. Y después de la victoria de los obreros sobre los generales, la *Pravda* se puso a recoger los tiestos de su teoría para pegarlos de nuevo como si nada hubiera ocurrido. Este es el sentido de la jactancia necia, consistente en decir que el Partido Comunista no permite «ni una sombra de apoyo» al Gobierno republicano. En realidad, el Partido Comunista no sólo prestó un apoyo *subjetivo* al Gobierno, sino que, como permite verlo el mencionado artículo, no supo ni tan siquiera de solidarizarse *subjetivamente* de él. He aquí lo que leemos a este propósito: «No en todos los eslabones del Partido, no en todas las organizaciones provinciales se consiguió que el Partido diera la cara en el grado suficiente ni oponerlo a las maniobra de socialfascistas y republicanos, mostrando que el Partido lucha no sólo contra los monárquicos, sino también contra el Gobierno republicano que encubre a estos últimos.»

Sabemos suficientemente, por toda la literatura de los stalinistas, lo que en estos casos significan las palabras «no en todos los eslabones», «no en todas las organizaciones», etc., etc.: es el modo habitual de cubrir la cobardía del pensamiento. Cuando, el 15 de febrero de 1928, Stalin reconoció por primera vez que el *kulak* no era una invención de la oposición de izquierda, escribió en la *Pravda*: «En algunos distritos, «en algunas provincias»... ha sacado la cabeza el *kulak*. Como los errores parten únicamente de los ejecutores, se descubren inevitablemente «en algunos sitios». Además, el Partido se representa como una simple suma de grupos provinciales.

En realidad, el extracto que hemos reproducido, si se le limpia de la fraseología burocrática, significa: en la lucha con los monárquicos el Partido Comunista no supo «dar la cara»; no supo aparecer enfrente de los socialfascistas y republicanos. En otros términos, el Partido no sólo prestó un apoyo temporal al Gobierno de los republicanos burgueses y de los socialdemócratas, sino que no supo reforzarse políticamente a sus expensas en el proceso de la lucha.

La debilidad del Partido Comunista, como resultado de toda la política de la I. C. de epígonos, no permitió que el proletariado tendiera la mano hacia el Poder el día 10 de agosto de 1932. Al mismo tiempo el Partido se vió obligado a participar, y participó, en la lucha como ala izquierda del frente común temporal, en cuya ala derecha se hallaban los republicanos burgueses. La coalición gubernamental no se olvidó ni un momento de dar su «cara», frenando la lucha, conteniendo a las masas y pasando inmediatamente de la victoria sobre los generales a la lucha contra los comunistas. Por lo que a los stalinistas españoles se refiere, según atestiguan los stalinistas rusos, no supieron mostrar que «el Partido lucha no sólo contra los monárquicos, sino también contra el Gobierno republicano».

Este es el nudo de la cuestión. En vísperas de los acontecimientos el Partido metía en un mismo cesto a todos los enemigos y adversarios. Pero en el momento agudo de la lucha tomó el mismo color de los adversarios, fundiéndose temporalmente en el frente republicano-socialdemócrata. Sólo quien no haya comprendido hasta ahora la naturaleza política del centrismo burocrático es capaz de sorprenderse de esto. En teoría (si en general es permitido emplear aquí esta palabra) se preserva de las tentaciones oportunistas renunciando, en tér-

minos generales, a las diferencias de clase y políticas. Hoover Papen, Vandervelde, Gandhi, Rakovsky son todos ellos unos «contrarrevolucionarios», unos «fascistas», unos «agentes del imperialismo». Pero cada nuevo giro radical de los acontecimientos, cada nuevo peligro obliga prácticamente a los stalinistas en lucha con unos enemigos a caer de hinojos ante otros «contrarrevolucionarios» y «fascistas».

Ante el peligro de guerra, los stalinistas votan en Amsterdam por la resolución diplomática, hipócrita y pérfida del general Chanaich, de los masones franceses y del burgués indio Patel, para quien Gandhi constituye un ideal insuperable. En el Reichstag alemán los comunistas se muestran inopinadamente dispuestos a votar por un presidente socialfascista, a fin de impedir que ocupe dicho puesto un nacionalfascista; es decir, que se colocan completamente sobre el terreno de la teoría del «mal menor». En España los stalinistas en el momento de peligro se muestran incapaces de aparecer opuestos a los republicanos burgueses. ¿No es evidente que nos hallamos en presencia no de errores accidentales, no de «eslabones» aislados, sino de un vicio orgánico del centrismo burocrático?

La intervención de las masas obreras en el conflicto entre dos campos explotadores dió a la revolución española un serio impulso. El Gobierno de Azaña vióse obligado a decretar la confiscación de las tierras de la nobleza española, medida de la cual unas semanas antes se hallaba más lejos que de la vía láctea. Si el Partido Comunista distinguiera las clases reales y sus agrupamientos políticos, si previera el desarrollo real de los acontecimientos, si criticase y desenmascarase a los adversarios por sus pecados y crímenes *efectivos*, las masas habrían visto en la nueva Reforma agraria del Gobierno de Azaña el resultado de la política del Partido Comunista y se habrían dicho: «¡Hay que marchar adelante y valientemente bajo su dirección!»

Si el Partido adoptara decididamente el camino del frente único, impuesto por toda la situación, y criticara a la socialdemocracia no por su fascismo, sino por su debilidad, sus vacilaciones y su perfidia en la lucha contra el bonapartismo y el fascismo, las masas aprenderían en la lucha común y en la crítica y seguirían cada vez con más decisión al Partido Comunista.

Con la política actual de la I. C., las masas, a cada nuevo giro de los acontecimientos, se convencen no sólo de que los enemigos y adversarios de clase no hacen lo que habían predicho los comunistas, sino que el propio Partido en el momento grave renuncia a todo lo que había enseñado. Por esto no se refuerza la confianza en el Partido Comunista y por esto surge particularmente el peligro de que la Reforma agraria de Azaña beneficie políticamente a la burguesía y no al proletariado.

En condiciones excepcionalmente favorables la clase obrera puede triunfar aun con una mala dirección. Pero las condiciones particularmente favorables se presentan raramente. El proletariado debe aprender a triunfar aun en condiciones menos favorables. Ahora bien: la dirección de la burocracia stalinista, como lo atestigua la experiencia de todos los países y lo confirma la de cada nuevo mes, impide al comunismo aprovecharse incluso de las circunstancias favorables, de reforzar sus filas y maniobrar activamente, orientándose con acierto en el agrupamiento de las fuerzas enemigas, semienemigas y aliadas. En otros términos, la burocracia stalinista se ha convertido en el obstáculo interno más importante con que la revolución proletaria tropieza en su camino.

L. TROTSKY.

Resolución sobre la situación política y la actuación de la clase obrera

Son muchos los síntomas que permiten suponer que la depresión relativa que ha sufrido el movimiento obrero (a pesar de la cual no han cejado ni un instante el movimiento huelguístico y las luchas revolucionarias) está a punto de superarse. En los centros industriales, que era donde más se notaba la depresión, el proletariado reanuda la lucha y se dispone a hacer frente de nuevo a los abusos de que viene siendo objeto por el nuevo régimen. De la táctica que se siga, de no incurrir en los errores del período precedente, depende el que el resurgimiento que ahora se inicia siga una marcha ascendente o comience el retroceso desde sus primeros pasos. La experiencia pasada —hay que declararlo—no ha sido todavía aprovechada y, por esta causa, el proletariado corre el peligro de incurrir en los mismos errores. La causa fundamental de que la burguesía haya podido imponerse y hacer retroceder momentáneamente al proletariado se debe a que la clase obrera no ha tenido en todo el proceso del cambio de régimen una política de clase. La alianza abierta de los socialistas con la burguesía republicana, de una parte, y, de otra, las ilusiones y la confusión reinantes en las organizaciones revolucionarias, han puesto todo el movimiento obrero en manos de la burguesía durante el cambio de régimen y le han permitido en los primeros momentos adueñarse de las mejores posiciones, montar el aparato represivo y descargarlo, posteriormente, sobre las masas explotadas. La persistencia de esta misma confusión en el campo obrero revolucionario le da a la burguesía republicana la posibilidad de seguir utilizando en beneficio propio la energía revolucionaria de las masas. La política antiobrera, los mayores abusos y atropellos de republicanos y socialistas, pueden provocar un momento de depresión y de hostilidad en el proletariado; pero su hegemonía en los momentos decisivos la tienen asegurada, en cuanto no surja un nuevo factor que cambie el rumbo del movimiento obrero y sepa encauzar constantemente su empuje revolucionario en un sentido de clase. Este factor no puede ser otro que el Partido Comunista.

Cuando sobrevino la intentona monárquica de Sanjurjo llevaban republicanos y socialistas cerca de año y medio de cínico engaño de las masas explotadas y de alcahuetería e inmundo maridaje con todas las fuerzas monárquicas. Privados del apoyo de las masas populares, el Gobierno y las Cortes se desmoronaban y eran impotentes para hacer frente a la reacción. Los instrumentos de que se había valido el nuevo régimen para reprimir el movimiento obrero y campesino se alzaban también como enterradores del Gobierno y del régimen. El avance impetuoso del lerrouxismo acaudillando a toda la burguesía para liquidar el período revolucionario y el intento, todavía más audaz, de Sanjurjo, queriendo restaurar la monarquía, estaban calculados sobre la impopularidad de las Cortes, lo cual las hacía contar con el apoyo o, por lo menos, con la neutralidad de las masas. La reacción del proletariado ante la provocación monárquica dió al traste

con la intentona. Pero es un hecho que habiendo sido la camarilla republicano-socialista quien con su política de coalición con las fuerzas monárquicas contra el proletariado le dió posiciones a la reacción, no pagó la responsabilidad de sus traiciones, sino que, por el contrario, la movilización de las masas populares sirvió para reforzarla en el Poder. Si año y medio de política antiobrera le habían valido el odio del proletariado y los campesinos, en un solo momento recuperaron las posiciones perdidas. El movimiento obrero, en cambio, por no haberse asimilado la experiencia pasada y no haber sabido adoptar una actitud revolucionaria de clase, no ganó posición ninguna a pesar de haber sido quien determinó el fracaso de la reacción; todo el régimen de excepción que pesa sobre el proletariado, y cuya abolición debió ser la primera exigencia de la revolución frente al pronunciamiento militar, siguió en pie, y en pie sigue todavía. Después del desengaño renace el engaño, si no se crean las fuerzas capaces de corregir los viejos métodos y señalar nuevos caminos. La pedantesca creencia de los anarquistas de que la clase obrera no volvería a seguir a la burguesía después de la experiencia del cambio de régimen la han echado por tierra experiencias más recientes.

En las pasadas elecciones al primer Parlamento catalán también se ha puesto en evidencia que la clase obrera no se ha emancipado todavía de sus más funestos prejuicios. La abstención de una buena parte de la clase obrera, debida a la propaganda antielectoral de los anarquistas, determinó un triunfo de las fuerzas de Maciá que ha superado todas las previsiones. Neutralizado en gran parte el proletariado, han bastado la pequeñaburguesía y los campesinos para asegurar una brillante victoria de la Esquerra catalana. El triunfo, por otra parte, del partido de la gran burguesía (Lliga Regionalista) deja el nuevo poder autónomo completamente en manos de esos dos partidos. Las elecciones catalanas han significado un retroceso para el proletariado. El anarquismo, al querer emanciparse de la burguesía, lo que consigue es cederla el punto fundamental, el poder, con el cual ha de reprimir al proletariado. Las fuerzas comunistas (el Partido sobre todo) no han experimentado en Cataluña ningún progreso sensible. Es este el punto donde la falta de principios del stalinismo y del B. O. C. se manifiesta en su más alto grado al querer conseguir, por medio de un oportunismo adulador, la confianza del proletariado, en lugar de pretenderla con una política comunista consecuente.

Otra lección, igualmente importante para la revolución, de las elecciones catalanas es el haber revelado una vez más toda la inmensa fuerza e importancia del problema catalán, importancia que, particularmente en los medios obreros, se propende a negar o menospreciar. El hecho de haber quedado excluídos del nuevo Parlamento todos los partidos no catalanes da la medida exacta de la fuerza del movimiento nacional catalán. El comunismo, el único sector del movimiento obrero, que tiene una posición tomada ante el problema de las nacionalidades, padece en nuestro país fuertes errores. Se habla del problema de las nacionalidades, y, en nombre de un abstracto derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, se equiparan el movimiento nacional vasco, el catalán y el gallego, cuando no cabe entre ellos comparación. Ante el problema de las nacionalidades es conveniente precisar que no cabe sólo mirarlo desde el punto de vista del *derecho* de las nacionalidades, sino que, reconocido y admitido este derecho sin ninguna reserva por el comunismo, lo que interesa luego establecer es la importancia de cada problema nacional como un *hecho*. En este respecto no cabe equiparar en nuestro país los movimientos nacionales gallego y vasco (aparte del carácter agrario-feudal y ultramontano, opuesto, por lo tanto, a los intereses generales de la revolución proletaria que tiene este último) con el movimiento nacional catalán.

El recurso de que se valió el Poder actual para escamotear el problema catalán y sacarle importancia ha sido precisamente presentar el régimen autonómico, no como la concesión mínima que ha habido que hacer a una minoría nacional que intenta hacer valer sus derechos, sino como una reforma general en la *estructura del Estado*, con lo cual se colocaba el problema (en lo que se refiere a importancia política) en el bajísimo nivel de los problemas nacionales vasco y gallego. Pero el artificio de querer medir por el mismo rasero de un autonomismo mínimo un caso y otro, no hace más que revelar las diferencias en toda su brutalidad: mientras la solución dada al problema catalán es el resultado de una lucha constante y tenaz del Poder central contra las reivindicaciones catalanas hasta reducirlas a una nimiedad, las reivindicaciones autonómicas gallegas y vascas (a pesar de estar ahora estimuladas desde el Poder como antídoto del catalanismo) no logran alcanzar ese nivel mínimo, y los Estatutos de esas regiones ni acaban nunca de elaborarse ni a nadie inquietan como problema político.

Es menester, por lo tanto, que el comunismo salga de la abstracción vacua si ha de aportar una solución al problema de las nacionalidades en nuestro país; todo intento de equiparar el problema nacional catalán con el vasco y gallego tiene la virtud de exagerar la importancia del problema de las nacionalidades en España y de disminuir la importancia del problema catalán.

Aun con el tiempo que llevamos de República, la burguesía española se sostiene sobre la confusión del proletariado. Si bien es cierto que ha ganado importantes posiciones no ha logrado, sin embargo, una situación estable. Cuando se disponía a dar la batalla abierta a las masas, la vitalidad revolucionaria de éstas, manifestada en los sucesos de agosto, le hizo temerlas de nuevo y ha vuelto a poner por delante de sus intereses la fraseología seudorrevolucionaria de las izquierdas republicanas y de los socialistas. Hay que tener en cuenta que hoy, a diferencia de hace unos meses, el Gobierno cuenta con la simpatía de la mayor parte de la burguesía y no tiene más que oposiciones moderadas. Esto refleja el miedo a las masas y es el síntoma más evidente de que la revolución sigue en pie.

El primer deber del proletariado en la hora actual es recuperar las posiciones perdidas, empezando por exigir la plena restauración de sus derechos democráticos, de los cuales se ve privado por toda una serie de leyes de excepción criminales e hipócritas, luchar por asegurar en todo momento su unidad de acción política y económica, creando Comités en los lugares de trabajo que incorporen a todos los obreros que trabajan en el mismo lugar, sin distinción de organizaciones y tendencias y concertando en cada caso acciones en común para objetivos concretos con las demás organizaciones proletarias. El fortalecimiento de las organizaciones de clase, y particularmente de la C. N. T., que es base del movimiento sindical revolucionario, es la primera condición para que el proletariado pueda afrontar con éxito las grandes luchas que se avecinan.

La situación interna de esta central sindical, aunque varía mucho de unas partes a otras del país, es profundamente crítica. A consecuencia de su interminable serie de errores y fracasos, la C. N. T. acusa hoy un lamentable estado de disgregación. En el sectarismo de los anarquistas en conjunto se han apoyado tanto el Partido Comunista

como el B. O. C. para llevar una política de escisión y de creación de islotes sindicales. En este estado de cosas se ha complicado notablemente con la rivalidad entre los anarquistas de la F. A. I. y los reformistas del grupo de los «Treinta», que ha traído como consecuencia la expulsión en masa de la C. N. T. de Sindicatos y Federaciones locales enteras. Si la C. N. T. ha de ser la base del movimiento sindical revolucionario, no lo será teniendo en ella el monopolio exclusivo los anarquistas, cuya incapacidad para orientar y asegurar la cohesión del movimiento obrero se ha acreditado demasiadas veces. Para que la C. N. T. sea la base del movimiento sindical revolucionario hay que empezar por establecer en ella una perfecta democracia sindical, rigurosamente sometida a la ley de mayorías y minorías y sin privilegios para ninguna tendencia. La convocatoria de un Congreso Nacional de la C. N. T. al cual puedan asistir todos los Sindicatos excluídos o procedentes de cualquier central y también los que siempre hayan sido autónomos, para quedar definitivamente incorporados a la C. N. T., es el único medio de acabar con la división actual, fortaleciendo en una central sola el movimiento sindical revolucionario. Dos grandes conflictos obreros—el ferroviario y el minero asturiano—están reclamando esto de una manera apremiante.

El nuevo impulso tomado por el movimiento obrero acelerará en los meses próximos el curso de la revolución. El proletariado deberá sostener una lucha difícil y heroica que, bien conducida, puede aproximar considerablemente la hora de su liberación. Pero para que esta lucha sea eficaz, la clase obrera tiene necesidad no sólo de grandes organizaciones sindicales, sino, principalmente, de un partido comunista potente, instrumento indispensable e insubstituíble de la revolución. El mayor obstáculo que se opone actualmente a la formación de este gran partido es la política de la burocracia dirigente de la Internacional Comunista. La lucha por el partido presupone la lucha contra esa política y contra esa burocracia. El restablecimiento de la unidad de las filas comunistas, por el reingreso en bloque de la Oposición de Izquierda y la instauración de un régimen de democracia interior, será el primer paso hacia la formación del gran partido revolucionario de que tiene necesidad la clase obrera.

¡Por la unidad del partido comunista!

¡Contra la división sindical, por un Congreso nacional de la Confederación Nacional del Trabajo!

¡Por la creación de Comités en los lugares del trabajo!

¡Contra la ley de Asociaciones y la de Defensa de la República, por el pleno restablecimiento de los derechos democráticos!

¡Por el frente único de clase para la lucha emancipadora del proletariado!

El Comité Ejecutivo de la Izquierda Comunista Española.

Preparamos, para incluir en hoja suelta en el número próximo, o todo lo más tarde en el de febrero, un índice por orden alfabético de autores, de materias y de países, de los artículos publicados en COMUNISMO durante los dos años de existencia. Aceptaremos muy agradecidos todas las sugestiones que se nos hagan sobre esta cuestión.

La crisis hullera asturiana y el papel de los socialistas

De nuevo la industria hullera asturiana atraviesa una de tantas crisis que cíclicamente sufre. Durante la guerra europea, el desarrollo industrial de algunas provincias españolas y la imposibilidad, por otra parte, de la importación del carbón inglés, que era el principal competidor en el mercado hullero español, obligó a esta industria a que intensificase su producción con un ritmo sumamente acelerado para así poder llenar las necesidades que aquel período imponía. Había que producir más y más, llegando incluso al trabajo continuo, es decir, a trabajar de noche y de día, hasta lograr una tensión máxima en el trabajo. El Gobierno así lo exigía, los patronos así lo querían y... los obreros, dirigidos por los jefes reformistas, así lo aceptaban. En una palabra: había que salvar a la industria y a la economía nacional y el «patriotismo» tenía necesariamente que imponerse. «*En Asturias, durante la guerra europea, en el período de más peligro para la nación, cuando parecía que se cernían sobre España grandes tempestades gracias a la existencia de esa Comisión (se refiere a una Comisión arbitrial) allí, ha pasado la guerra sin que allí se haya producido ni un conflicto. Con esto han ganado patronos y obreros y, lo que es más importante, ha ganado la nación en general, que está por encima de los intereses generales de una y otra clase.*» (De *El Socialista*, núm. 3.678.) Así argüía en uno de sus discursos el Sr. González Peña, actual secretario general del Sindicato Minero Asturiano.

Pero este período de prosperidad—prosperidad para los patronos, ya que, como hemos visto, los obreros mineros, según teoría de los altos picatostes del socialismo, tenían que sacrificarse en y para bien de la nación—no duró mucho. Pronto empezó Inglaterra, ya firmado el armisticio y en plena reincorporación a sus actividades comerciales, a exportar con toda intensidad su carbón, que volvió a llenar el mercado español. Por otra parte, la natural y consecuente depresión de toda la industria nacional al comenzar este período de la postguerra hizo que el año 1919 fuese de aguda crisis para la industria minera. Hasta 500.000 toneladas de carbón excedente había en las plazoletas de bocamina; un magnífico *stock* que no encontraba salida. La movilización general de los jefes socialistas para encontrar una salida que pudiera salvar «su» industria, de gran necesidad e interés «nacional», hizo que el Gobierno de aquel entonces buscase una solución aunque ella fuese pasajera. A partir de esta fecha atravesó esta rama de la industria por una sucesión de vicisitudes que trajeron por consecuencia una serie de rebajas en los salarios de los mineros. También entonces había que aceptar estas medidas de la patronal en nombre del patriotismo.

El intenso período de crisis culminó en 1926, en que, tras una valiente lucha por parte de una fracción de los mineros, se obligó a éstos, con la directa anuencia de los mismos burócratas del socialismo, a trabajar una hora más en su jornada. Había que salvar por centésima vez a la industria hullera, y para ello no había mejor solución

que un aumento en la jornada de trabajo para así lograr un aumento en la producción, que ineluctablemente determinaría un mayor margen de ganancia a la clase patronal. De nuevo los eternos traidores a la causa de los trabajadores no tuvieron inconveniente en rubricar una de sus mayores traiciones. Desde aquel momento y por algunos años los mineros asturianos se vieron privados de una de sus mayores conquistas: la jornada de siete horas El espadón de Primo de Rivera y sus secuaces en esta provincia hizo acallar todo vestigio de rebeldía. ¡Buena hora habían escogido los jefes sindicales del socialismo para su traición! Algunos miles de obreros tuvieron que buscar en la emigración el trabajo que aquí les faltaba; las minas francesas y belgas, principalmente, fueron testigos de la feroz explotación que sufrían aquellos pobres emigrantes.

La huelga de junio del pasado año, planteada por el Sindicato Unico de Mineros para lograr la reconquista de la jornada de siete horas, fué un fuerte aldabonazo dado, tras un largo interregno, por la clase obrera. En este período la patronal minera obtenía pingües ganancias. La enorme depreciación de la peseta—cerca de un 35 por 100 desde el 14 de abril—había tenido la virtud de librarles de su más directo contrario: el carbón inglés. Habían incluso desaparecido las causas en que se basaron las clases poseedoras para haber aumentado la jornada; no se podía, pues, continuar así por los obreros. Además, el Gobierno provisional de la República, que venía derogando todos los reales decretos del tiempo o período de Primo-Berenguer, mantenía aquel que tan directamente afectaba a los obreros mineros. ¿Cómo esperar más?, se decían los mineros revolucionarios. Había que ir a la lucha para lograr esa notable reivindicación que era la rebaja de una hora en la jornada. Mas un peligroso enemigo se encontraba en el camino: este enemigo era la borrachera republicana que la mayoría de la clase obrera sufría. Los jefes socialistas supieron ladinamente explotar este argumento. Había—decían—que ayudar a la consolidación de la República, es decir, de la burguesía; después ya se lograría el mejoramiento progresivo—¿por la «vía jurídica»?—de la situación de los obreros. Sin embargo, pese a la momentánea derrota—es innegable que existen derrotas que verdaderamente no lo son—de aquella formidable huelga de la que tanto hay que aprender, meses más tarde se logró el triunfo, aunque él viniese como regalado por el correspondiente Comité Paritario de la Minería; pero esto no pudo engañar a nadie, pues era indudable que sin aquel movimiento huelguístico nada se hubiera logrado.

Hoy la crisis ha surgido nuevamente. El carbón menudo no encuentra salida y a esta causa se debe la formación de un gran *stock* que se calcula en algo más de 400.000 toneladas. La peseta, sumamente depreciada y que hasta hace poco había servido para restringir la importación del carbón inglés, ha subido en su valor; por el contrario, en la libra esterlina, la divisa del Imperio británico, podemos observar un descenso. Si agregamos a esto la crisis económica por que atraviesa el mundo capitalista, crisis que, naturalmente, tuvo que repercutir en España, paralizándose por tal causa o reduciendo sus actividades de producción varias industrias, principalmente las metalúrgicas y siderúrgicas, y con la consiguiente paralización de los trabajos de obras públicas, podemos darnos perfecta cuenta del por qué está nueva crisis que en la actualidad atraviesa la industria hullera. Para darnos cuenta de la reducción en el consumo de carbón efectuado por algunas industrias metalúrgicas y siderúrgicas, veamos los datos referentes a «Altos Hornos de Vizcaya»:

Consumo en 1929	825.000	toneladas.
Idem en 1930	? ? ?	íd.
Idem en 1931	490.000	íd.
Idem en 1932	350.000	íd. (1)

El total de lo consumido por la industria siderúrgica hace dos años era de 1.400.000 toneladas; este año consumirá solamente unas 467.000 toneladas.

La inmediata consecuencia de la iniciación de la crisis ha sido la paralización de algunas explotaciones, quedando en la calle, sin trabajo, algunos centenares de trabajadores; otras empresas, las más, han reducido la semana de trabajo a cuatro y tres días. La situación no puede ser más pavorosa para los camaradas mineros; todo esto nos induce y nos obliga a hacer este pequeño esbozo de la crisis de esta industria, de la que dependen tantísimos trabajadores.

Ahora bien; nosotros lo que tomamos en consideración al hacer un estudio de la situación de esta industria no son las capacidades de existencia y de concurrencia de esta industria capitalista, sino *la magnitud y extensión* de la miseria y estado general de los obreros, que ni pueden ni deben soportar. Todos esos alegatos de la patronal minera y sus lacayos los jefes socialpatriotas, que ponen generalmente por delante la concurrencia extranjera, no pueden ser tomados en consideración por nosotros ni por ningún trabajador revolucionario; no podemos ni debemos abordar las cuestiones éstas desde el punto de vista de la concurrencia entre los explotadores de los distintos países o naciones capitalistas, sino que tenemos que colocarnos en nuestro propio plano de acción, con el punto de vista de lo que verdadera y realmente nos interesa y que, por lo tanto, tenemos en cuenta siempre: es la conservación y la protección de la fuerza de trabajo. Los obreros revolucionarios no pueden basarse ni interesarse en la cuestión de saber cuál de los explotadores, si el suyo o el extranjero, percibe mayores beneficios. En fin; nosotros, comunistas, no somos los galenos que a toda costa tratan de prolongar la vida de un régimen ya caduco y cuya histórica misión ya ha cumplido, sino que, por el contrario, somos los enterradores que luchamos por cumplir, cuanto antes mejor, el acto de enterramiento de una sociedad que por doquier arroja podredumbre.

Nos interesa en grado sumo estudiar el papel que los jefes reformistas y su Sindicato Minero juegan en la actualidad. Los socialistas tienen bajo su directo control a un buen número de obreros mineros; esto es innegable. Nosotros no podemos caer en la tontería de nuestros camaradas del partido oficial y del Sindicato Unico de Mineros por él controlado, que a toda costa tratan de negar la influencia notoria de los reformistas, quizá con el deliberado propósito de poder aparentarse a sí mismos una fuerza que realmente ya no tienen. Para hacer en todo momento un justo análisis de la situación que permita determinar la táctica a seguir, es de todo punto preciso saber la correlación de fuerzas existentes, y esto, naturalmente, no se logra empezando por negar la fuerza o influencia de las demás corrientes contrarias. En la actualidad, el Sindicato Minero (U. G. T.) está dominado por una burocracia obrera sumamente desarrollada y estrechamente unida, que elabora sus propios procedimientos de dominación y que ha atado a este Sindicato con innumerables lazos a las insti-

(1) Los datos relativos a 1930 los desconocemos. Los de este año son tomados teniendo en cuenta el consumo efectuado en estos meses pasados.

tuciones y órganos del Estado capitalista. Todos los cargos de su Comité provincial son retribuídos; existen además los empleados, igualmente retribuídos, de las distintas comarcas o Concejos. Esta burocracia dirigente cuenta dentro de la organización con un magnífico y seguro plano de apoyo. Este está compuesto por los individuos que también desean «emanciparse» ocupando nuevos cargos retribuídos; son innumerables los ambiciosuelos que lacayunamente apoyan a esta burocracia en espera de una migaja de su festín. Hay también la vieja generación de obreros mineros que, encariñados con su organización, unidos a ella por numerosos años de luchas y de sacrificios, no pueden decidirse a romper con ella a pesar de todas sus traiciones. Junto a éstos, los ascetas, los reformistas por propia intuición, los que su mentalidad de ingénito reformismo no les permite encaminarse hacia la vía revolucionaria, que, como tal, suele ser ruda y penosa. Y, por último, los que, aun militando en este Sindicato reformista y castrador, sienten las inquietudes revolucionarias y las cotidianas rozaduras que impone la lucha de clases, pero que son incapaces de trazarse su propio y adecuado camino de lucha, que necesitan de una firme y segura dirección que sepa señalarles un programa claro de acción.

En estas condiciones es natural que sea este Sindicato el «torpedeador» de todo movimiento huelguístico. Toda huelga, fuera de la clase que fuera, aunque ella fuera planteada por los propios obreros socialistas, tropezaba siempre con una feroz resistencia no sólo en el aparato burocrático-represivo del Estado y de las organizaciones patronales, sino también en este Sindicato reformista. En el curso de toda huelga los camaradas huelguistas encontraban siempre ante ellos el frente único y compacto de todas esas fuerzas mencionadas, coaligadas con un único fin: impedir todo estallido huelguístico o, una vez la huelga planteada, hacerla fracasar lo antes posible. Pero no siempre la táctica de los jefes reformistas consiste en combatir de una manera clara y abierta las huelgas. No; su táctica no llega a ser tan simple. Deseosos de conservar su influencia, temiendo perder su hegemonía sobre buen número de obreros, algunas veces recurren a métodos de *sabotage* del más puro maquiavelismo. No pudiendo en todas ocasiones negarse a ir a la huelga, ya que ello acarrearía la pérdida de toda su influencia, recurren a la táctica de ponerse a la cabeza del movimiento huelguístico, al exclusivo objeto de canalizarlo y orientarlo en un sentido que les permita a ellos poder maniobrar a su entero gusto y con las manos libres. La solución es siempre la misma: tras haber negociado con los patronos entre bastidores, logran dar por concluída la huelga mediante un arbitraje o promesas de pronta satisfacción. Ejemplos de esta clase tenemos bastantes en España: en la cuenca hullera de Asturias, donde son frecuentísimos los conflictos más o menos parciales, esta táctica de los burócratas está a la orden del día. Por otra parte, esta fué la táctica empleada por los jefes del Sindicato Minero (U. G. T.) con relación a la crisis hullera actual. Previniendo una crisis cuya inmediata consecuencia sería una serie de luchas, los burócratas del Sindicato convocaron a un Congreso extraordinario, que tuvo lugar en Oviedo el 11 del pasado mes de septiembre. «El presidente del Sindicato, Amador Fernández, expuso las causas de la crisis actual, que, en su opinión, son dos: la situación económica creada en la nación al advenimiento de la República, como consecuencia del estado en que dejó la Hacienda la monarquía, y la huída del capital al extranjero. El problema, añadió, es simplemente de falta de mercado, y se acentúa por la desastrosa manera de cómo se viene cumpliendo la obligación de las industrias protegidas de consumir carbón nacional. «Estas industrias, dijo, tienen en sus almacenes un 15 por 100 del carbón que consumen mensualmente, y cuando se enteran de que en una mina de Asturias hay huelgas se dirigen a la Federación de Sindicatos Carboneros pidiendo carbón de aquella mina. Y al contestar ésta que no es posible servirlo obtienen del Comité de Combustible autorización para traerlo del extranjero.» (Información sobre el citado Congreso de la *Revista Industrial Minera Asturiana.*) Como se ve, la fatuidad corre pareja con la tontería; no es posible ver manera más burda de plantear un problema de esta índole. Pero continuemos con el Congreso citado. Después de largas deliberaciones, en que se puso a prueba el «patriotismo» de todos estos rabadanes, se tomaron varios acuerdos encaminados a la «salvación» de la industria, todos a cual más revolucionario, como se verá:

La reducción y severa reglamentación de las operaciones de los depósitos flotantes; el empleo del carbón nacional por la Marina de guerra; ir a la nacionalización de las minas; establecimiento del control obrero en la producción; consumo por los ferrocarriles españoles del carbón nacional, y algunas otras de parecida importancia.

No es posible el que estas «soluciones» resistan el más ligero análisis. Su coeficiente de resistencia es del mismo valor que el de un castillo de naipes, incapaz de resistir el más suave soplo de aire. En primer lugar, aun situándonos en el mismo plano de los reformistas al objeto de hallar soluciones a esta crisis, se puede demostrar fácilmente que las por ellos presentadas son completamente ficticias. Es harto sabido que el empleo del carbón nacional por la Marina de guerra no puede ser una solución, ya que el consumo que ésta efectúa es bastante reducido en relación con las necesidades de salida. Las 15.000 ó 18.000 toneladas de carbón que la Armada consume por año no pueden en modo alguno representar una solución a la crisis actual. Se pide también que el carbón que consumen los ferrocarriles españoles sea nacional. En casi su totalidad ya se viene haciendo; la Compañía del Norte de España lo hace en su totalidad; las demás sólo en una mínima cantidad consumen carbón exótico. Veamos algunas cifras:

CONSUMO DE CARBON POR LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES EN 1931 (1)

	SERVICIOS DE TRACCIÓN — *Toneladas*	OTROS SERVICIOS — *Toneladas*	TOTALES — *Toneladas*
Carbón de procedencia nacional (89,85 por 100).....	1.936.305	32.293	1.968.598
Carbones de procedencia extranjera (10,15 por 100).....	176.740	45.687	222.427
	2.113.045	77.980	2.191.025

(1) Los datos están tomados de la revista *Ingeniería y Construcción*, núm. 118.

Veamos igualmente en otras industrias. Por ejemplo:

CARBON EMPLEADO EN 1931 PARA LA PRODUCCION DE ENERGIA ELECTRICA (1)

	NACIONAL — *Toneladas*	EXTRANJERO — *Toneladas*	TOTAL — *Toneladas*
Suministrado directamente de origen.	269.010	6.572	275.582
— por los almacenistas...	36.137	4.216	40.353
TOTALES	305.147	10.788	315.935

Por los datos expuestos podemos observar que la crisis no proviene de la competencia del carbón inglés, ya que éste entra en mínimas cantidades en relación a años anteriores. La importación del carbón inglés ha alcanzado en años anteriores la cifra de 3.000.000 de toneladas; en la actualidad apenas se importa una cuarta parte más de la tarifa arancelaria reducida, que es de 750.000 toneladas. No proviene por ese lado la crisis, pese a todo cuanto digan esos insignes «estadistas» de la socialdemocracia.

Una de las propagandas más intensas que realizaron siempre los reformistas fué alrededor de la nacionalización de las minas. Se ha querido presentar esta medida como panacea universal capaz de satisfacer las necesidades de la clase obrera. Reivindicar la socialización o la nacionalización de cualquier industria como hacen los jefes socialdemócratas, es engañar a sabiendas a los trabajadores. Toda esa verborrea que usan los socialpatriotas a propósito de esta consigna no tiene otro objetivo que el desviar a los obreros de los actos revolucionarios. El ejemplo más claro lo tenemos en Alemania, donde para detener el espíritu revolucionario del pueblo alemán se tocó la misma cuerda de idéntico violón. ¿En qué han terminado las comedias de socialización emprendidas en 1919 por el Gobierno *Noske-Scheidemann*? Todos sabemos cómo se encuentra en la actualidad el proletariado alemán con el peligro de un triunfo del fascismo, que pende sobre él cual espada de Damocles.

A la judaica verborrea de los socialdemócratas alrededor de la socialización tenemos que oponer nosotros la cruda verdad alrededor de este problema. Llevar al convencimiento de los trabajadores mineros todos que la realización de este objetivo no resuelve en nada las necesidades de la clase obrera, de que éstas no podrán ser cubiertas dentro de los cuadros del capitalismo. «La producción está socializada —escribió Lenin—, pero la apropiación sigue siendo privada. Los medios de producción socializados siguen siendo propiedad privada de un pequeño número de personas.» (Lenin: «*El imperialismo, última etapa del capitalismo.*) Esto es lo que precisan saber todos los trabajadores ilusionados que verdaderamente creen en la sinceridad de los jefes socialistas. Toda medida, toda consigna revolucionaria en manos de esta clase de gente es metamorfoseada de tal manera que a fin de cuentas no pasa de ser un acto más de colaboración de clases. Tal

(1) Los datos están tomados de la revista *Ingeniería y Construcción*, núm. 118.

ocurre con la consigna de control obrero, de la que los reformistas se han apoderado para desnaturalizarla de tal manera que pierde todo su contenido clasista, quedando como un propósito de «paz social». El control obrero sólo puede lograrse en su verdadera forma y contenido por la vía revolucionaria y nunca mediante el *placet* inmediato de la burguesía. El proletariado necesita ponerse en directo contacto con la producción, y para lograrlo recurre al control obrero, pero no en su forma externa mixtificadora que le quiere dar la socialdemocracia, sino con todo su contenido revolucionario.

Transcurrido más de un mes desde que el Sindicato Minero (Unión General de Trabajadores) celebró su Congreso, en el cual tomaron las medidas para «conjurar» la crisis, y, finiquitados ya los días dados de plazo al Gobierno para que resolviese, no es posible atisbar aún una solución. Innumerables salidas se han querido buscar por todos los elementos interesados en «salvar» la industria hullera. Los más de ellos producen hilaridad por el grado de tontería que las mismas encierran. Tal ocurre con el acuerdo de implantar por el Gobierno las primas a la exportación. Se quiere, según parece, que España, que no produce el carbón que necesita para su consumo, se convierta de la noche a la mañana en país exportador de carbón; se ha hablado de exportar carbón a Italia y Portugal, tratando, por lo tanto, de un modo ilusorio de competir en dichas plazas con las demás naciones eminentemente exportadoras de este combustible, principalmente con Inglaterra. Igualmente se habla de limitar la importación del carbón inglés. Los que así arguyen se olvidan de dos cosas: primero, que Inglaterra exporta en la actualidad a España menos carbón que en años anteriores; y segundo, que esta medida sería contestada inmediatamente por el Gobierno británico cerrando su mercado a los productos españoles. Precisamente la balanza de comercio entre Inglaterra y España arroja un saldo favorable a esta última. Según datos, el valor de las importaciones de Inglaterra en el pasado año de 1931 fué de 132.177.599 pesetas, y el de las exportaciones españolas a aquella nación ascendió a 237.021.680 pesetas (1); solamente la naranja fué exportada a la Gran Bretaña por un valor de cerca de sesenta millones de pesetas. ¿Es posible que en estas condiciones el Gobierno español pueda ni siquiera acordarse de limitar la importación de carbón inglés? Para dar una solución inmediata a este problema, que aunque momentáneamente impidiera el planteamiento de una huelga general en la cuenca hullera asturiana, que indudablemente tomaría proporciones gigantescas, el Gobierno tomó últimamente el acuerdo de dirigirse a las principales entidades consumidoras para que, entre todas, retiren la cantidad de 100.000 toneladas para así reducir los *stocks* existentes. Indudablemente este acuerdo del Gobierno no tiene otro objetivo que tratar de salvar al Sindicato reformista, que por propia inercia de los acontecimientos se veía obligado a ir a la lucha contra la clase patronal, con la que, dicho sea de paso, tan bien se entiende; como que, de hecho, no pasa de ser más que una agencia de intermediarios entre la clase patronal y el Gobierno y consumidores.

Con carácter momentáneo, los jefes socialistas han podido eludir la lucha. Es igual; sus propias contradicciones les harán enfrentarse una vez más con la brutalidad de la realidad. La crsis no ha pasado, sino que, al contrario, esta momentánea solución no será más que el prólogo de los sucesos que se avecinan, que, sin duda alguna, ganarán en intensidad.

(1) Téngase en cuenta que estas cifras están dadas en pesetas oro; convertidas a pesetas plata se aproximan a los 400 millones.

El Partido Comunista en Asturias, por mediación de la F. C. A., no se ha preocupado de hacer un estudio serio y concienzudo de la crisis hullera para así poder destruir con toda facilidad los débiles argumentos de los jefes socialistas. Es de todo punto preciso convencer «pacientemente» (Lenin) a todos los trabajadores mineros que creen sinceramente en los reformistas y demostrarles con cifras, con datos, toda la falacia de éstos, así como lo ficticio de todas las medidas tomadas, al objeto de poder remontar la crisis actual. El último Congreso del Sindicato Unico de Mineros (C. G. T. U.), en lugar de haber realizado este estudio que las circunstancias reclaman, dedicó todas sus sesiones a lanzar a los cuatro vientos frases revolucionarias que habían, como siempre, de perderse en el espacio sin que sirvieran de nada. Los discursos baladíes y pedantuelos substituyeron al estudio metódico y sistemático; el infantilismo a la seriedad revolucionaria; el esquematismo a la realidad. Fueron unas sesiones académicas, controladas por un delegado de la I. S. R., de las que más vale no acordarse.

Tanto la Federación Comunista Asturiana como el Sindicato Unico de Mineros, ayudados por todos los trabajadores revolucionarios, deben desde este instante desarrollar una labor de agitación entre todos los mineros al objeto de señalarles su camino de lucha. Preparar ésta y no dejarse en modo alguno adelantar por los propios hechos. Es preciso no dejar que la clase patronal arrebate a los camaradas mineros sus más elementales reivindicaciones. ¡Por la defensa de la jornada de siete horas! ¡Por la implantación de los Comités de mina! ¡Por la implantación del control obrero en su verdadera forma revolucionaria! Nosotros, por nuestra parte y sin haber agotado en modo alguno el tema, damos la voz de alarma y hacemos a nuestra Federación Comunista Asturiana el necesario llamamiento para organizar la lucha fríamente, serenamente, sin exporadismos de ningún género; a la falacia de los jefes reformistas opongamos nosotros la realidad escueta y tracemos a los camaradas mineros las directrices necesarias para lograr en un futuro inmediato el apetecido triunfo.

IGNACIO IGLESIAS.

Asturias, 1.º noviembre 1932.

A modo de postdata.

Cuando se ve uno obligado, por circunstancias mil, a tener que escribir los artículos con unas semanas por delante de los mismos hechos y, sobre todo, cuando por tener que limitarse nuestra organización a estudiar *todo* lo relacionado con el movimiento obrero revolucionario en una sola y única revista de escasas páginas para nuestras necesidades, existe el peligro inmediato, las más de las veces, de que el trabajo publicado resulte un tanto anacrónico; y es que en la hora actual los hechos se suceden a veces con velocidad vertiginosa, con un ritmo sumamente acelerado. El buen juicio del lector le hará ver que el anterior artículo fué escrito bastantes días antes de que se llevase a cabo la declaración de huelga por parte de los jefes socialistas. Y, sin embargo, un ligerísimo análisis de este movimiento huelguístico demostrará palmariamente que su desenvolvimiento ha quedado circunscrito en un todo a los cuadros de las perspectivas bosquejadas por nosotros en el anterior escrito. La extensión del presente artículo, y más que nada la falta de espacio, nos veda examinar detenidamente,

cual es nuestro deseo, la huelga general minera que justamente durante una semana sostuvieron los mineros asturianos. La posibilidad que nosotros señalábamos de que los jefes socialistas asturianos que dirigen y controlan el Sindicato Minero Asturiano (U. G. T.) declarasen y tomaran al mismo tiempo la dirección de la huelga, al objeto exclusivo de canalizar el movimiento en un sentido reformista, se ha cumplido en un todo. Por su parte, la Federación Comunista Asturiana y el Sindicato Unico Minero (C. G. T. U.), fieles al curso que es régimen en la corriente staliniana, de ir siempre a remolque de los acontecimientos, no han sabido efectuar un rápido y enérgico viraje en el trabajo práctico de masas que permitiera a éstas romper toda ligazón con los jefes socialistas, tomando ellas mismas la dirección de la huelga, convirtiendo este movimiento, francamente reformista, en revolucionario. Bien es verdad que su primer declaración fué de que la huelga les había sorprendido y cogido desprevenidos (véase *Obrero Astur*, núm. 32). Ello implica que no habían tomado posiciones, viéndose más tarde obligados, por esta falta fundamental, a tener que practicar la política del «seguidismo». Con ser estas faltas lo bastante para caracterizar al Partido en esta provincia, no fueron, a pesar de todo, las mayores. Dada la orden de vuelta al trabajo por la organización reformista, que, como hemos indicado, fué quien de hecho dirigió el movimiento, con la «solución» que más abajo señalaremos, el Partido y su Sindicato Rojo de la minería dieron por su parte la orden de continuar la huelga. Un reducido tanto por ciento aceptó ésta el primer día. Al siguiente acordaron, a pretexto de evitar luchas fratricidas entre los mismos obreros mineros, dar la orden de vuelta al trabajo en espera de «tiempos mejores». No hacía falta ser muy linces para predecir este resultado; mas ¿no veían el estado de indiferentismo «en que se encontraban los obreros mineros? Querer dar una solución victoriosa a un movimiento previamente no preparado para ello es puro seudorradicalismo, y es que la estrategia revolucionaria no consiste solamente en saber avanzar, y mucho menos en querer avanzar a todo trance, sino también en saber organizar una retirada a tiempo. Pero está visto que estas verdades tan elementales les resultan indigestas a los dirigentes stalinianos.

El Sindicato Unico Minero afecto a la C. N. T., que no jugó ningún papel durante el movimiento, al que no se le vió por parte alguna durante la huelga, se encontró a la terminación de ésta ante dos dilemas que en modo alguno permitían el vacío: o seguía a los reformistas en su orden de vuelta al trabajo, o bien hacía causa común con los comunistas continuando la huelga. Trágica decisión para estas organizaciones sin principios. Incapaces de señalar un camino claro, o bien de ir honrada y conjuntamente con sus compañeros en lucha, acordaron el dejar a la libre e individual decisión de sus militantes el camino que debían de seguir; así mientras unos secundaban la prolongación de la huelga, los otros se fueron al trabajo. Bonita posición; pero ¿para cuándo la responsabilidad del Sindicato, de la organización?; y es que si el sectarismo fuera patrimonio de alguien lo sería indudablemente de los anarcosindicalistas.

La solución dada a la huelga por el Gobierno, en franca concomitancia con los patronos y elementos socialistas, ha sido la siguiente:

1.º Adquisición por el Estado de 100.000 toneladas de menudo para sus servicios.

2.º Devolución de los derechos arancelarios de la brea importada con destino a auxiliar, en la forma que se establezca, el aumento de la producción de briquetas.

3.º Regular la importación de chatarra para evitar el fraude.

Nos es de todo punto imposible el hacer un estudio de esta «solución». Ya hemos indicado que no disponemos de espacio; mas, sin embargo, esperamos poder hacerlo en el próximo número. A pesar de todo, la lógica de los hechos hablará cada día con más y mayor claridad, y ya se verá en qué quedan estas medidas tomadas por el Gobierno para solucionar la crisis hullera. No puede haber en modo alguno estabilización en la industria hullera mientras la industria siderometalúrgica española atraviesa por una crisis jamás por ella conocida. Y ésta, *por ahora*, no lleva visos de solución.

Y al Partido Comunista hemos de decirle una vez más que no puede desatenderse de este magno problema. Que es preciso comience una seria labor de agitación y propaganda para poder orientar a los mineros asturianos. Que es necesario rompa con sus viejos moldes sectarios y se acerque a las masas con mayor claridad en sus objetivos. Y, en una palabra, que sepa ponerse a la altura de las circunstancias y cumplir con su misión de Partido del proletariado revolucionario.

1.° diciembre 1932.

I. I.

No habiendo llegado a tiempo a nuestro poder la conferencia pronunciada por el camarada Trotsky en Copenhague, la publicaremos en nuestro próximo número, del cual haremos una tirada mayor. Nuestros camaradas deben ya comenzar a propagar el próximo número y deben comunicar a la administración los aumentos que deseen de ejemplares.

El Congreso del Partido Socialista

(FIN)

Es decir, el pensamiento de las dos tendencias era idéntica en el fondo. Los argumentos aducidos no se basaban en el interés de la clase trabajadora o del desarrollo ulterior de la revolución, sino en la necesidad de consolidar a la burguesía reaccionaria. Exactamente igual que en los partidos de la pequeña burguesía radical, los diputados ejercen una influencia decisiva sobre las agrupaciones locales socialistas. Antes de celebrarse el Congreso nacional, los diputados habían ganado ya la batalla sobre la colaboración ministerial en provincias. Partiendo de las «excelencias» de este régimen democrático, se había logrado previamente todo renunciamiento al menor intento de desarrollar los acontecimientos en un sentido socialista. Indalecio Prieto, con la insensatez que corresponde a todos los pequeñoburgueses exaltados y líricos, dijo en el Congreso: «Yo proclamo que si al partido socialista se le entregase el poder—él íntegramente—cometería una grave locura, un suicidio evidente, si alentara la pretensión de implantar el socialismo en España.» Mayor monstruosidad no cabe. Leyendo cosas semejantes se pregunta uno cómo tiene esta gente todavía el valor de llamarse socialista. Claro que todo tiene su sentido: con esta máscara es mucho más fácil engañar a las masas obreras y llevarlas a remolque de los intereses de la burguesía republicana.

Donde se ha visto que la base obrera del partido ejercía cierta influencia ha sido en la cuestión del desarme de la Guardia civil. Este problema presentaba para los dirigentes socialistas tres aspectos: primero, las agrupaciones socialistas de composición agraria se ven presionadas a adoptar una posición hostil contra la Guardia civil a consecuencia de la actitud de sus afiliados, que poseen el recuerdo de los horrores realizados por estos elementos; segundo, servidores de los terratenientes y de los antiguos caciques, los guardias civiles son un obstáculo para la política local de los socialistas y para su caciquismo electoral, y tercero, como servidores del capitalismo y copartícipes del Gobierno actual, se ven obligados a conservar el «prestigio de la institución» que tan excelentemente cumple sus funciones contra los campesinos revolucionarios. Todo esto originaba una completa contradicción, que, fiel a su política, el Congreso resolvió adoptando una resolución platónica que equivale prácticamente a la perpetuación de la Guardia civil. Ante problemas como éste, la posición peculiar del socialismo internacionalmente es la misma: soslayar el fondo, intercalando frases demagógicas en el texto y no llegando a ninguna conclusión concreta. Se acordó, en términos totalmente genéricos que quitan todo valor a lo acordado, la disolución de la Guardia civil y su substitución por una «guardia rural». Pero Besteiro, por si fuera poco clara su posición, se encargó finalmente de definir el alcance de la misma, para tranquilizar a sus amigos los capitalistas. Dijo, refiriéndose al acuerdo: «Este voto nuestro no significa aprobación a ninguna campaña o acción impremeditada

lebrar la misma protesta unos cuantos días después. Todo proyecto de manifestación obrera que proceda del campo comunista es siempre rechazado por la C. N. T. por el simple hecho de proceder de los comunistas.

Las masas obreras han reaccionado espontáneamente contra la situación actual en una serie imponente de huelgas y movimientos enérgicos no sólo contra el capital organizado, sino también contra las instituciones políticas que le sirven de sostén. Pero por falta de una dirección las masas obreras no han podido llevar la lucha hasta las últimas consecuencias. La depresión actual del movimiento obrero es una derivación lógica de la incapacidad de las organizaciones del proletariado para hacer frente a la crisis, y en esta depresión han jugado un papel principal las traiciones sin cuento de la burocracia socialista y la cobardía de los líderes reformistas de la C. N. T.

II

La U. G. T., por mediación de sus jefes socialistas, ha quedado convertida en una organización colaboracionista y gubernamental burguesa. La U. G. T. figura en la extrema derecha de la Internacional Sindical de Amsterdam, por su espíritu colaboracionista en todos los regímenes, desde la dictadura de Primo de Rivera a la República, pasando por el Gobierno de Berenguer. El proletariado industrial (y en parte también las organizaciones de trabajadores de la tierra) va dándose cuenta del papel repugnante y de las traiciones que los socialistas hacen jugar a sus organizaciones. Pero les prestan, sin embargo, su apoyo, porque no saben qué camino seguir; las demás organizaciones existentes (C. N. T. y sindicatos autónomos) no merecen su confianza ni son garantía suficiente por su actuación y por su programa. La base de las fuerzas de los sindicatos reformistas de la U. G. T. radica en el aparato burocrático y en los propios organismos de colaboración de clases. Al no poseer los trabajadores una organización que en cruda y abierta lucha de clases logre arrancar mejoras a la clase patronal, ven en los organismos de colaboración (Jurados mixtos, Comités de arbitraje, Comisiones de clasificación profesional, etcétera) un instrumento por medio del cual pueden obtener ciertas mejoras temporales. Es un hecho que la fuerza de la U. G. T. se apoya en gran parte en la crisis de las organizaciones revolucionarias. La prueba la tenemos en que al principio de la República, a pesar de que los socialistas estaban menos desacreditados que hoy, su influencia retrocedía visiblemente entre los sectores más conscientes del proletariado. En este período los nuevos ingresos los reclutaba sobre todo en los pueblos atrasados que, con el advenimiento de la República, se incorporaban por primera vez a la vida social. El crecimiento notable que experimentó en estos últimos meses está directamente ligado a la crisis del movimiento revolucionario. Pero ello no quiere decir que en los medios donde últimamente ha ganado terreno se ignore el papel traidor de la burocracia socialista. El fenómeno sólo expresa una crisis de confianza en las organizaciones revolucionarias.

III

La tarea más urgente que tiene en este momento planteado el proletariado español es la de reconstruir el movimiento sindical revolucionario. Más concretamente, esto significa vencer la crisis de la

C. N. T., base del movimiento sindical revolucionario. Debido a la desorientación de los anarquistas que la conducen, sufre hoy esta central una fuerte crisis, que va acompañada de una agudización del sectarismo anarquista. Los anarquistas tienen monopolizada la dirección de la C. N. T. y la consideran como un coto cerrado de sus desvaríos libertarios. La dictadura de la F. A. I. en la organización es un constante atropello a los más elementales derechos sindicales y un serio peligro para el porvenir de la C. N. T. Las exclusiones en masa, la persecución sistemática de los comunistas, la violenta lucha intestina entre los «faistas» y los reformistas, que va acompañada de draconianas medidas en materia de organización, tiene destrozada a la C. N. T. y reducen a nada la democracia sindical. Establecer una verdadera democracia sindical con plena libertad de tendencias es la condición para que la C. N. T. se reponga y pueda cumplir su misión revolucionaria.

IV

El sindicato es la agrupación de todos los trabajadores, sin distinción de tendencias, que estiman necesario organizarse para hacer frente a la explotación capitalista y luchar por su total emancipación. Para ingresar en el sindicato sólo se exige la aceptación de esos elementales principios, sin que importe que el interesado sea comunista, anarquista, sindicalista, socialista, etc.

Por eso el sectarismo anarquista, su pretensión de querer monopolizar la dirección de la C. N. T., conduce a la disgregación del movimiento sindical. Los obreros conscientes deben luchar por evitarlo, deben luchar porque la C. N. T. sea la organización del proletariado español unificado sobre la base de la lucha de clases y por dotar la organización de una disciplina obligatoria para todos, pero que no suponga la sumisión a ninguna tendencia.

V

La lucha por un movimiento sindical unificado no puede intentarse en nuestro país por la fusión de la C. N. T. y la U. G. T. Al reformismo le conviene el movimiento sindical dividido, aislado de las tendencias revolucionarias, para tener así una gran parte de la clase obrera al servicio de la burguesía. El reformismo rechazará todo intento sincero de unificación, porque con el movimiento sindical unificado los revolucionarios desplazarían a los reformistas. La unidad hay que buscarla sobre la base de la lucha de clases. En España la C. N. T. cumple las condiciones necesarias para ser el centro de la unidad sindical No se puede negar que esta central sea revolucionaria, que es la primera condición que se requiere. Los grandes defectos que tiene a causa de la dirección anarquista no autorizan a volverle la espalda, sino que obligan a la lucha para salvar la organización. La base del movimiento sindical unificado debe ser, pues, la C. N. T., organización fuerte, con tradición en el país y revolucionaria. El proletariado siente la necesidad de unirse. Con una propaganda honrada y justa se pueden vencer las tendencias y los grupos que se opongan a la unidad en el seno de la C. N. T.

VI

Para conseguir la unidad sindical se requiere una labor constante y tenaz. Lanzar, como hizo en otro tiempo la C. N. T. y hace hoy el Partido Comunista, un ultimátum invitando a realizar la unidad por ingreso de todo el proletariado en una de las centrales o invitando a un congreso de fusión no es luchar por la unidad sindical, sino sencillamente buscar pretextos para justificar la división. Las masas obreras que siguen una tendencia determinada no pueden apearse de su actitud por la invitación que reciban de una central sindical o de un grupo, sino de la experiencia de la lucha que las obliga a unirse y les enseña además el modo en que deben realizar la unión.

VII

El Partido Comunista no hace hoy una verdadera campaña por la unidad sindical. Lo que hace es denunciar el sectarismo de las tendencias adversas y justificar así la creación de un organismo sindical igualmente limitado y sectario. En el mismo caso está el Bloque Obrero y Campesino, que a pesar de haber criticado al Partido Comunista por sus errores sindicales incurre luego en las mismas faltas que él. Tan pronto como los sindicatos del Bloque tuvieron el primer choque con los anarquistas se sirvieron del pretexto para crear una nueva organización sindical. Esta política, que tan funestos resultados está dando nacional e internacionalmente, no es la tradicional del comunismo, sino que la ha establecido la burocracia stalinista en 1928, queriendo emanciparse con un falso izquierdismo de los errores y claudicaciones que había cometido en el período anterior. Las alianzas con los reformistas, llevadas hasta el extremo de anular el movimiento sindical revolucionario, hasta anular la Internacional Sindical Roja y la Internacional Comunista, constituyen el primer período de la política stalinista. El segundo período lo constituye la política divisionista que practica ahora.

Los comunistas son los que pueden orientar la lucha por la unidad sindical, y para ello deben organizarse convenientemente. El instrumento de que han de valerse los comunistas para luchar por la unidad sindical es el movimiento sindical minoritario. Respondiendo a una orientación homogénea, los comunistas deben agruparse en todos los sindicatos, sin excepción, y agrupar a todos los obreros conformes con sus tácticas para defender los principios revolucionarios y la unidad sindical. En la C. N. T. hay que luchar contra el monopolio de los anarquistas y por la libertad de tendencias en el interior de la organización. En la U. G. T., defender, frente a las maniobras reformistas, los principios revolucionarios, y cuando se originen expulsiones a causa de esta lucha, ingresar en la C. N. T. Los comunistas no deben tomar nunca la iniciativa de la división. En los sindicatos autónomos hay que luchar por incorporarlos a la C. N. T. Dentro de la C. G. T. U, creada por el Partido Comunista, hay que preconizar también el ingreso en la C. N. T. y la disolución de esa central sindical de creación burocrática, que es un crimen perpetrado contra los intereses sindicales del proletariado español. Los partidarios de la I. S. R., agrupados en un movimiento sindical minoritario, que no es una nueva central, deben intervenir y tentacular todas las organizaciones para defender en cada momento las posiciones revolucionarias y luchar por la unidad sindical donde debe hacerse: en la C. N. T. Sólo así se debe luchar por la unidad.

VIII

Una de las armas más eficaces de la clase trabajadora en su lucha contra la moderna organización del capitalismo y contra los organismos de colaboración de clases y, a su vez, un instrumento indispensable para la realización de la unidad sindical, lo constituyen los Comités de fábrica, obra, mina, taller, etc. Estos Comités constituyen la organización modelo del proletariado sobre la que puede basarse la acción directa contra el capitalismo. El Comité de fábrica agrupa a todos los trabajadores, sindicados o no, y es el organismo representativo del proletariado en la lucha directa contra el burgués explotador. El Comité de fábrica es la anulación de los Jurados mixtos, los organismos de colaboración y la influencia reformista en los medios obreros. El Comité de fábrica significa la substitución de la colaboración por la lucha de clases y la ventilación directa de los conflictos entre el capital y el trabajo; demuestra la posibilidad de la unidad sindical y es un eficaz organismo para el reclutamiento de nuevos militantes de los sindicatos. Allí donde se crea un Comité de fábrica se consigue en seguida la unidad sindical, pues los trabajadores, al tener que encararse unidos con el capitalista, no le encuentran sentido a la división sindical. Estos Comités son los que pueden reclamar y realizar el control obrero de la producción, con lo cual no sólo se logra intervenir en las operaciones de la burguesía, sino, lo que es más importante, adquiere el obrero capacitación para la realización de la misión que al sindicato le compete, tanto en régimen burgués como en el proletariado. El control obrero, ejercido por los Comités de fábrica, es una de las consignas por las que debe luchar con más intensidad el proletariado sindicado y ha de ser un arma eficacísima contra la caricatura de control obrero que preconizan los socialistas desde el Gobierno.

IX

La organización sindical revolucionaria debe estar organizada sobre la base de las Federaciones de Industria, forma que corresponde a las necesidades de la lucha contra el capitalismo organizado. Las organizaciones de oficios, allí donde existan, como son totalmente ineficaces, deben transformarse en los organismos que hemos indicado, los cuales no basta que tengan un carácter local, sino que lo han de tener nacional o internacional, puesto que también es internacional la organización capitalista a que hay que hacer frente.

Hay que hacer que la C. N. T. preste a este problema, así como a los Comités de fábrica, la atención debida, e inmediatamente se vaya a la creación y robustecimiento de esas organizaciones.

X

Los sindicatos deben prestar también una gran atención al problema de los parados. Constituyen los parados una fuerza que, según se la utilice, puede ser revolucionaria o contrarrevolucionaria. Si el sindicato se preocupa de los obreros parados, es decir, si van unidas la acción de los parados y la de los obreros que trabajan, en ese caso

los parados son un factor revolucionario. Pero abandonados a sí mismos, desligados del resto de la clase orera, los parados pueden transformarse en un elemento contrarrevolucionario muy poderoso. En toda huelga, del parado puede salir el esquirol; el saber que hay una gran reserva de parados utilizables puede ser la base de una gran ofensiva patronal. Para una acción política decisiva y de extrema violencia contra la clase obrera, la burguesía puede servirse de los obreros parados. A la vista está el caso de Alemania, donde los batallones fascistas están formados en gran parte de parados.

Aparte estas consideraciones fundamentales, es necesario que la acción de los parados esté ligada a la de los obreros que trabajan, porque los intereses de unos y otros son idénticos. En los momentos presentes el obrero que trabaja está constantemente expuesto al paro. La defensa de sus intereses sólo puede hacerse desde el sindicato. No hay por qué crear organizaciones independientes, puesto que la lucha de los obreros parados es un aspecto de la lucha entre el capital y el trabajo. Cada sindicato tiene el deber de defender los intereses de sus afiliados en paro forzoso y todos los sindicatos la obligación de estudiar en conjunto el problema del paro.

Cuando no sea posible organizar a los parados dentro de los sindicatos, como, por ejemplo, sucede en los sindicatos reformistas, que se oponen a la organización de los obreros en paro forzoso, hay que agruparlos de todos modos, aunque sea en organización independiente. Pero sin dejar por ello de reclamar la organización dentro del sindicato y de acoplar en todos los casos que se presenten la acción de los parados con la de los obreros que trabajan.

XI

El sindicato revolucionario no puede limitarse a defender las ideas tradeunionistas, que consisten en luchar por las mejoras inmediatas de carácter económico y moral. Tampoco puede creer que la emancipación de la clase obrera puede conquistarse por vía evolutiva, por sucesivas conquistas de mejoras parciales. El sindicato revolucionario ha de tener presente que la lucha por la emancipación de la clase obrera ha de ser conducida en una escala general contra el capitalismo en los lugares de trabajo y contra sus órganos de sostén (el Estado con todas sus filiales), es decir, también mediante la lucha política. El deber del sindicato revolucionario consiste en atacar al enemigo de clase en toda la extensión de su dominio. No hacerlo así, dejar las posiciones fundamentales, como son las políticas, en manos del enemigo, es caminar directamente a las más crueles derrotas.

El proletariado español tiene ante sí una enorme perspectiva revolucionaria, a pesar de la actual y pasajera depresión del movimiento obrero. Existen las condiciones necesarias para crear un poderoso movimiento sindical. La C. N. T. nos da la base para ello. Hay que trabajar honrada y valientemente para que la C. N. T. cumpla con su deber. Pronto volverán a surgir las grandes luchas obreras, pues persisten las causas que provocaron las luchas anteriores. Es necesario que el proletariado se apresure a reforzar las organizaciones sindicales y a dotarlas de la estructura y flexibilidad indispensables para hacer frente a las circunstancias. No hacerlo equivaldría a dejarse aplastar por el capitalismo.

Imp. Pueyo.—Luna 23.

propósito de la cuestión del Comisariado de Vías de Comunicación, se distingue no sólo por sus excepcionales facultades (personalmente es, ciertamente, el hombre más capacitado del actual Comité Central), sino también por su excesiva confianza en sí mismo y su propensión a dejarse atraer demasiado por el aspecto puramente administrativo de las cuestiones.

Estas distintas cualidades de los dos jefes más capacitados del actual Comité Central podrían conducir impensadamente a una escisión. Si nuestro partido no adopta medidas para evitarlo, esta escisión puede producirse de modo inesperado.

No caracterizaré a los demás miembros del Comité Central por lo que respecta a sus cualidades personales. Unicamente he de recordar que el episodio de octubre de Zinovief y Kamenef no fué, en modo alguno, casual; pero al igual que el no-bolchevismo de Trotsky, no debe utilizarse como un arma personal.

Respecto a los miembros más jóvenes del Comité Central diré unas palabras sobre Bujarin y Piatakof. Ambos son, a mi juicio, las fuerzas más capacitadas entre los jóvenes, y, por lo que a ellos respecta, es necesario tener en cuenta lo siguiente: Bujarin es no sólo el teórico más valioso y más grande del partido, sino que puede considerársele también legítimamente como el favorito de toda la organización; pero sus opiniones teóricas no pueden considerarse sino con grandísimas reservas como plenamente marxistas, pues tiene algo de escolástico (nunca se ha asimilado la dialéctica ni creo que la haya comprendido nunca del todo).

Piatakof es un hombre que se distingue indudablemente por su voluntad y su competencia; pero se entrega demasiado a la administración y al lado administrativo de las cosas para poder fiarse de él en una cuestión política seria.

Claro está que estas observaciones sólo tienen validez en el momento actual o en el caso de que estos dos competentes y leales obreros no encuentren ocasión de perfeccionar sus conocimientos y rectificar su espíritu unilateral.

25 diciembre de 1922.

Stalin es demasiado brutal, y este defecto, completamente tolerable en las relaciones entre comunistas, resulta intolerable en el puesto de secretario general. Por lo tanto, propongo a los camaradas que vean el modo de retirar a Stalin de ese puesto y nombren a otro hombre que lo supere en todos los respectos, es decir, que sea más paciente, más leal, más afable y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc. Estos detalles pueden parecer una bagatela insignificante; pero creo que si se piensa en evitar una escisión y se tiene en cuenta las relaciones existentes entre Stalin y Trotsky, que he examinado anteriormente, ya no son una bagatela, o son, al menos, una bagatela que puede llegar a tener una importancia decisiva.

LENIN.

4 de enero de 1923.

DOS OBRAS DE MAXIMO INTERES POLITICO

Acaba de ponerse a la venta

LA UNICA SALIDA DE LA SITUACION ALEMANA

Por LEON TROTSKY

2 pesetas ejemplar.

Después del folleto *¿Y ahora?*, en el que de una manera reveladora se expone toda la dinámica de la revolución alemana, León Trotsky ha publicado este nuevo trabajo, en el que se estudian y analizan todos los problemas políticos del movimiento obrero alemán a la luz de los acontecimientos ocurridos después de escrito el anterior folleto. Es una obra que ningún militante que siga al día el curso de la revolución debe dejar de leer.

Aparecerá en breve

LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Por LEON TROTSKY

En este tomo, de cerca de cien páginas de apretada prosa, se recogerán todos los trabajos escritos por nuestro camarada Trotsky sobre los acontecimientos españoles surgidos antes y después del 14 de julio de 1932. La obra ofrecerá una compilación completa de todos los trabajos sobre la revolución española, trabajos que demuestran palpablemente cómo la Oposición de Izquierda y su jefe internacional han acertado siempre con la estrategia revolucionaria a seguir en cada etapa de la revolución.

Todos los militantes de la Izquierda Comunista deben realizar el mayor esfuerzo posible por difundir ambas obras, tanto para divulgar nuestro programa político como para sostener económicamente nuestras publicaciones.

Todos los pedidos, asimismo, de cuantas obras se deseen adquirir, pueden dirigirse al servicio de librería de Ediciones Comunismo, Apartado de Correos 918, *Madrid. Enviamos catálogo de obras sociales a quien lo solicite.*